G. A. de Caillavet, Robert de Flers
y Emmanuel Arene

El Rey

Comedia en cuatro actos, en prosa

adaptación de

Enrique Henriquez

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1912


EL REY

EL REY

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

G. A. de Caillavet, Robert de Flers

Y

Emmanuel Arene

ADAPTACIÓN DE

ENRIQUE HENRIQUEZ

Esta obra se estrenó con éxito extraordinario en el TEATRO CIRCO PRICE, de Madrid, por la compañía de D. Manuel Salvat, y en Valencia y Barcelona por la de D. Francisco A. de Villagomez



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1912

PERSONAJES

El Rey.
Bourdier.
Blond.
El Marqués de Chamarande
Lelorrain.
Cormeau.
Rivelot.
Sernín de Chamarande.
Gabrier.
William Touret.
Cruchet.
El Presidente del Senado.
Un criado.
Pedro.
Un reporter.
Un fotógrafo.
El General.
El Prefecto.
El Sub-Prefecto.
Teresa.
Marta.
Suzette.
Paquita.
Marcela.
La Marquesa de Chamarande.
Angela.
Una doncella.
Marquesa de Castelfrejol.
Sra. Pingot.

Invitados, invitadas, electores, etc. y un gramófono.

LA ACCIÓN SE DESARROLLA

Acto 1.º—En el castillo de Bourdier, en los alrededores de París
Acto 2.º—En casa de Teresa Marnix, en París.
Actos 3.º y 4.º—En el castillo de Bourdier.

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

El despacho de Bourdier en un castillo de los alrededores de París. Estancia lujosa, demasiado lujosa. Tres amplios ventanales en el fondo, a través de los cuales se descubre el parque. A la izquierda mesa ministro. A la derecha un piano, y en primer término, sobre un velador, un gramófono.

ESCENA PRIMERA

BOURDIER, RIVELOT

Al levantarse el telón, BOURDIER, sentado en la mesa, escribe. RIVELOT le dicta fumando un cigarrillo y paseándose de un extremo a otro de la habitación.

RIVE. «Voy a terminar, señores, pero antes debo deciros que es preciso estar dominado por un verdadero sentimiento de interés y de convicción, para denunciar desde esta tribuna la actitud errónea del Gobierno en el incidente de Bucarest»... (Aproximándose a Bourdier.) Escribe usted Bucarest con K, y ha de ser con C.

BOUR. ¡Ah! Ha sido una equivocación.

RIVE. Procure usted escribir más aprisa. Continúo: «Y la incuria criminal del Ministro de Negocios Extranjeros»...

CRIADO (Entrando.) La señora me manda preguntar si el señor...

BOUR. (Levantándose.) Lárgate con viento fresco. ¿No ves que estoy dictando un discurso a mi secretario? (El criado sale.)

RIVE. «La incuria criminal del Ministro de Negocios Extranjeros»...

BOUR. ¿No encuentra usted algo duro ese epíteto para aplicarlo a un amigo?

RIVE. Pongamos, si a usted le parece: «La incapacidad criminal del Ministro de Negocios Extranjeros, con cuya amistad me honro.»

BOUR. Eso es. Así queda todo el mundo contento. Ya está. (Se levanta.) Mi discurso producirá en la Cámara una sensación enorme. ¿Qué le parece, Rivelot?

RIVE. (Sonriendo.) Yo soy el menos indicado para juzgarlo. Pero, ¿por qué quiere usted atacar al ministerio con tanto desenfreno?

BOUR. Ante todo porque esta es la primera vez que tenemos en Francia un gobierno abiertamente socialista y yo no formo parte de él. Y, además por otro motivo.

RIVE. ¡Ah!

BOUR. Oigame, Rivelot: Ya sabe usted que todo París habla de la próxima visita del Rey de Sistria que ha de reportar a Francia grandes beneficios; en primer término la firma de un tratado de comercio de un interés primordial para nuestra producción y cuyas negociaciones hace años que están entabladas, y como remate la proclamación oficial de una alianza entre ambas naciones que asegurará el equilibrio de las potencias y la paz mundial en el momento en que Europa...

RIVE. (Interrumpiéndole.) ¿Es ese el otro motivo?

BOUR. No, amigo mío.

RIVE. Hable usted sin recelo. Estamos solos.

BOUR. Es verdad. Juan IV llegará a París dentro de dos semanas. Se le obsequiará con un banquete diplomático en el Ministerio de Negocios Extranjeros. Aparte el mundo oficial sólo concurrirán a él candidatos a

ministro. Quiero contarme entre ellos. Quiero que Gabrier me invite.

RIVE. Le invitará. No lo dude usted.

BOUR. Por ahora la cosa marcha sobre camino trillado. Prueba al canto: Esta mañana he recibido una petición en extremo halagadora para mí.

RIVE. ¿Qué es ello?

BOUR. El Diccionario Larousse reclama mi biografía y la insertará en buen lugar.

RIVE. Sí. La palabra «Boudier» se colocará entre «Burdel» y «Burdo».

BOUR. Siéntese usted aquí. Voy a dictarle algunas líneas. Despues podrá usted hacer las correcciones que crea necesarias: «Bourdier, Emilio, Víctor, Augusto. Nació en 1860»...

RIVE. «Falleció en»...

BOUR. ¿Eh?

RIVE. Dispense usted, ha sido una distracción.

BOUR. «Político distinguido. Gran fabricante de conservas alimenticias. Salió de entre las filas del proletariado»...

RIVE. «Y está decidido a no volver a ellas».

BOUR. No se guasee usted. «Alcalde de Gourville, ex-diputado provincial. Actualmente representa el distrito de Sena y Eure en el Parlamento. Esperanza inequívoca del partido socialista, etc., etc.» Y ahora pasemos al hombre privado: «Casado dos veces, Emilio Bourdier, tiene de su primer matrimonio una hija encantadora»...

ESCENA II

Los mismos SUZETTE, que entra a pasos quedos, se aproxima a Bourdier, le tapa los ojos con las manos y le besa en la mejilla.

BOUR. ¿Quién es?

SUZET. Yo, papá.

BOUR. ¿Qué quieres, hija mía?

SUZET. ¡Vaya una pregunta! Como de costumbre no te acuerdas de tu hija.

BOUR. Pero, en fin, al grano. ¿Qué quieres?

SUZET. Has olvidado tu promesa de dedicarme media hora esta tarde. Pero una media hora exclusiva para mí: solitos los dos, sin testigos.

BOUR. Es verdad.

SUZET. Me has fijado las cinco. El reloj acaba de anunciarlas y aquí me tienes.

BOUR. Lo dejaremos para después. Ahora estoy trabajando.

SUZET. ¿Qué fastidio! Es algo muy importante y muy serio lo que tengo que decirte. Tiene más miga que la política que tanto te absorbe.

BOUR. Bueno... Bueno... Déjame en paz. Vuelve dentro de un cuarto de hora.

SUZET. ¡Ah! ¡Siempre lo mismo! Cuando se trata de mí... ¡Narices! ¿Quieres qué te diga lo que pienso? Pues que los padres de antaño han desaparecido.

BOUR. ¿Eh?

SUZET. ¡Narices! (Hace un gesto burlón y sale.)

ESCENA III

BOURDIER, RIVELOT, después MARTA

BOUR. (Dictando.) «Una hija encantadora, cuya respetuosa ternura le consuela de las agitaciones y sinsabores de la política. Hombre feliz que encuentra en su hogar, entre su hija y su segunda esposa, una existencia de placidez y de afección.» (Entra MARTA.)

MAR. Vengo dispuesta a batallar. Según parece hoy tienes un día negro.

BOUR. ¡Ah! ¡Eres tú! Dispensa, mujercita mía, pero ya ves que estoy agobiado de trabajo.

MAR. Acabas de despedir a tu hija, pero te advierto que conmigo ese sistema no cuaja.

BOUR. Oye, Martita, deja que te explique...

MAR. Haces mal en mostrarte tan poco amable con esa pobre criatura, único retoño que tuviste con mi antecesora. Y es preciso que yo, su madrastra, sea quien la consuele. ¡Vaya una frescura la tuya!...

BOUR. ¿No quieres dejarme trabajar?

MAR. No, no y no. (Revuelve los papeles que hay encima de la mesa.)

RIVE. Poca cosa falta ya, señor Bourdier.

BOUR. Es verdad. Complete usted la biografía. Hable con elogio de mi segunda esposa.

MAR. ¡Ah! ¿Entro yo ahora en filas?

BOUR. Podrá usted poner: «Enlace afortunado con una joven de modesto origen, pero de vasto talento y de rara distinción, que le devuelve en felicidad lo que él le da en amor, etc., etc.» ¿Se hace usted cargo?

RIVE. Perfectamente.

MAR. Pues no le falta a usted penetración.

BOUR. Vaya usted, Rivelot, y redacte esto con esmero.

RIVE. Señora, a los pies de usted. (Sale.)

ESCENA IV

BOURDIER, MARTA, después RIVELOT

MAR. ¿De modo que vas a poner en letras de molde esta bonita frase? «Que te devuelvo en felicidad lo que tú me das en amor.» (Con cierta ironía.) Te felicito y me felicito.

BOUR. (Con aire grave.) Hija mía, ya que mis observaciones, hasta el presente, no han surtido efecto alguno, ha llegado el momento en que debo recordarte, muy a pesar mío, ciertos detalles que...

MAR. ¡Oh! ¡Oh! Frunces el ceño y hablas en tono hosco... Sentémonos para no caer de espanto.

BOUR. Haces bien. Siéntate y no acciones. Cuando me casé contigo, hace siete años, eras una modistilla empleada en un taller de la calle de la Paz.

MAR. Vamos por partes. A diez y seis años estaba ya de hilvanadora de faldas y los diez y ocho me elevaron por mis elegantes contornos a la categoría de maniquí viviente.

BOUR. No lo niego. Pero yo, aunque entonces distaba mucho de haber llegado a la posición que ocupo hoy, era ya sin embargo Emilio Bourdier y Compañía.

MAR. Yo en cambio era Youyou... sin compañía.

BOUR. ¡Cállate! No me recuerdes ese apodo. ¡Qué bochorno! Hazte cargo, mujer... En nuestra situación actual, con nuestras relaciones...

MAR. ¡Valientes relaciones! ¡Vaya un saldo de inútiles! La última fiesta que dimos se vió favorecida por un lote de cursis rematadas, lo qué es natural tratándose de las mujeres de los más conspícuos socialistas que forman parte de tu camarilla.

BOUR. Pero ahora nuestras amistades van a cambiar de calidad. Toma, lee. (Le da una carta.)

MAR. (Después de haberla leído.) ¿Es posible?

BOUR. Sí. El marqués de Chamarande, nuestro encopetado vecino, desea saber si puedo recibirlo esta tarde.

MAR. ¡Parece un sueño! ¿Qué has contestado?

BOUR. Que le espero con mucho gusto. Ya puedes comprender que estoy obligado a portarme correctamente con un hombre que hasta hoy siempre me ha vuelto la espalda. El Marqués no puede perdonarme que yo le haya birlado la Alcaldía y tambien su escaño en la Cámara. Además, estoy enterado de que está furioso porque su hijo el Conde Sernín frecuenta esta casa.

MAR. ¡Ah! Hablemos del condesito. Es jovial, simpaticón y bebe vientos nuevos. A él no se le formarán telas de araña en la sesera,

BOUR. Es un buen muchacho. Baila con Suzette asiduamente, me parece que ésta no le mira con malos ojos y precisamente ahora su padre al escribirme inicia un acto de simpatía.

MAR. ¿Creía que despreciabas a los nobles?

BOUR. En efecto. Pero no estoy descontento de poderles despreciar frecuentando mi casa.

MAR. ¿Y cuál crees tú que puede ser el motivo de la visita del marqués de Chamarande?

BOUR. Sólo puede haber uno: invitarme a una cacería que da en honor del Rey.

MAR. ¿Qué Rey?

BOUR. ¿Pero no lees los periódicos? No se habla de otra cosa, del Rey que es esperado en París y que vendrá a pasar veinte y cuatro horas en el castillo del Marqués, cuyo padre fué embajador en Sistria en aquellos sombríos tiempos de la república monárquica.

MAR. ¡Ah! ¿El Rey de Sistria?

BOUR. Sí.

MAR. Le conozco.

BOUR. ¿Tú? ¿Cómo es eso?

MAR. ¡Oh! Le conozco. Le conozco. Estuvo en París hace ocho o nueve años.

BOUR. En efecto.

MAR. Cierto día pasó por la calle de la Paz, rodeado de coraceros, con su séquito y señalando su paso músicas y aclamaciones. Todo el mundo le echaba flores. Yo estaba asomada a la ventana del taller disponiéndome a dar la primera dentellada a un pastel de hojaldre que debía servirme de merienda.

BOUR. ¿Y qué más?

MAR. Pues en un rapto de entusiasmo le eché el pastel, ya que era lo único que tenía a mano.. .o a boca.

BOUR. ¡Oh!

MAR. Con tan mala sombra lo hice, que mi pastelito dió de lleno en uno de los ojos de

S. M. Se armó la gorda. Se detuvo el cortejo. Todo el mundo creyó en un atentado. Y como consecuencia final, a mí me pusieron de patitas en la calle y el Rey se quedó con un ojo amoratado.

BOUR. Pues te recomiendo que no lo cuentes a nadie. Y sobre todo que no se te escape la relación de semejante hazaña ante el Marqués.

MAR. No hay cuidado, porque a ese vejestorio no quiero verle.

BOUR. No es necesario que tú le recibas hoy. Pero el día en que te encuentres delante de él, procura estar correcta, habla poco y no te muevas demasiado, sobre todo no te muevas demasiado.

RIVE. (Entrando.) Un elector pregunta por usted.

BOUR. ¿Otro? No me dejarán en paz. ¿Si le recibiese el fonógrafo?... Sepamos antes quien es.

RIVE. No le conozco.

BOUR. ¿Qué tipo tiene?

RIVE. ¡Oh! Todo lo democrático que se puede desear.

BOUR. Ya imagino quién es. (A Marta.) Acuérdate bien. Cuando venga el caso habla poco y no te muevas demasiado, sobre todo no te muevas demasiado. (Sale seguido de Rivelot.)

ESCENA V

MARTA, SUZETTE

SUZET. (Entrando.) ¿Cómo? ¿Papá se marcha? ¡Oh! Tampoco podré hablarle de lo que me interesa.

MAR. No te disgustes, Suzette, ahora estoy yo contigo.

SUZET. ¡Oh! Usted es una mamá política que se aparta del modelo corriente.

MAR. Las dos somos de la misma cosecha. Hubiéramos podido estar juntas en el colegio. Pero yo no he tenido ocasión de frecuentar semejantes sitios.

SUZET. La verdad del caso es que hacemos muy buenas migas las dos. Al principio tuve mis recelos. Yo me dije: una madrastra no es un buen regalo para una niña, hija única y mimada. Pero después el regalo me ha resultado inapreciable.

MAR. ¿De veras?

SUZET. De veras. Yo temía que fuese usted severa conmigo, que abusara del derecho que tiene de darme consejos. Pero ha resultado lo contrario. Usted me los pide a mí. (Ambas ríen.)

MAR. (Abrazándola.) Ya sabes que te quiero de veras, Suzette, y siempre que pueda serte útil...

SUZET. Muchas gracias. Util dice usted. ¿Por qué?

MAR. Tú tienes tus tapadillos. No temas nunca confiarte a mí.

CRIADO (Entrando y anunciando.) El señor conde Sernín de Chamarande.

MAR. Tan segura estoy de lo que acabo de decirte que te dejo el campo libre.

SUZET. Ahora quiero a usted... más que nunca. Adios, mamá.

MAR. Adios, bebé. (Sale sonriendo.)

ESCENA VI

SUZETTE, SERNIN, después RIVELOT, después CRUCHET

SER. (Entrando.) ¡Ah! Señorita... ¡Cuán feliz soy al ver a usted!... Porque si no llego a verla, créame, hubiera pasado un mal rato. ¡Oh! Sí. Un mal rato.

SUZET. Pero me ha encontrado usted y me está viendo.

SER. En efecto. Usted está aquí y yo delante de usted. Por lo tanto lo que yo he dicho antes no tiene ningún valor. Absolutamente ninguno. ¡Oh! ¡Qué inmensa felicidad siento al contemplar a usted!

SUZET. ¿Tan grande es?

SER. ¡Oh! Sí. Porque la amo a usted, Suzette, porque la adoro. ¡Ah! Si yo no amase a usted sería el hombre más desgraciado del mundo; mi fin sería prematuro y terrible: me aburriría, leería, viajaría, enloquecería, me mataría... ¡Ah! Si yo no amase a usted...

SUZET. ¿Pero desde el momento en que usted me ama?

SER. Es verdad. Amo a usted. Entonces mis palabras no tienen ningún valor. Absolutamente ninguno.

SUZET. Es usted muy original.

SER. ¿Pero no le disgusta a usted mi originalidad?

SUZET. De ningún modo.

SER. ¿De veras?

SUZET. De veras.

SER. ¿Entonces, Suzette, me corresponde usted? ¿Quiere usted ser mi esposa?

SUZET. No digo que no... Pero...

SER. Pero... ¿Qué va usted a objetar?

SUZET. Reflexione usted. Yo soy muy rica. ¿No contraría a usted tener que admitir una dote tan cuantiosa?

SER. No. Amo a usted demasiado para fijarme en semejante detalle. Paso por todo.

SUZET. Muy bien.

SER. Usted, Suzette, reflexione a su vez. Pertenezco a una antigua familia de la más rancia nobleza. ¿No repugnará a usted, hija de un socialista, llevar el título de Condesa?

SUZET. No. Amo a usted demasiado. Paso por todo.

SER. Muy bien. ¡Oh! Es preciso que nuestros padres nos den su consentimiento, pues

nosotros andamos acordes en todo. ¡Ah! Olvidaba decir a usted cuál es el motivo de mi visita: mi padre debe venir esta tarde a ver al de usted.

SUZET. ¿Cómo? ¿El Marqués venir a esta casa? ¡Es muy raro!

SER. Pues es así.

SUZET. Entonces se nos presenta una ocasión excelente que ni de encargo. Voy a hablar a papá enseguida.

SER. Eso es. ¡Pero, cuántos obstáculos tenemos que vencer! Ante todo las opiniones del papá de usted. ¡Ah! ¡Si a lo menos fuera monárquico!

SUZET. Lo sería si tuviéramos monarquía. Papá es muy bueno, muy complaciente y se amolda a todo.

SER. Pues dejo a usted. Así podrá hablarle en seguida. Por lo demás prefiero que mi padre no me encuentre aquí, porque si me encontrara sería capaz de encolerizarse.

SUZET. ¿Pero desde el momento en que se marcha usted?

SER. Es verdad. Me marcho. No me verá. Por lo tanto lo que he dicho antes no tiene ningún valor. Absolutamente ninguno. Hasta mañana, Suzette. (Sale.)

SUZET. Hasta mañana. (Sola.) Es muy simpático. (Se dirige a la puerta de la izquierda, la abre y mira si ve a su padre.) No está. ¿Pero por dónde andará papá? (Se sienta ante la mesa de Bourdier y escribe.) «Papá; te espero en mi gabinete. Tengo que hablarte. Si no vienes antes de media hora enfermaré de pena y tú verás la cara que te pondré durante la comida.» (Entra Rivelot.) Señor Rivelot, tenga usted la amabilidad de entregar a papá este billetito.

RIVE. Con mucho gusto, señorita. Su papá de usted anda atareadísimo. En estos momentos está con un elector. Y yo, como puede usted ver, me dispongo para recibir a otro. (Da cuerda al gramófono.)

SUZET. ¡Ah! Sí. Con el gramófono. Es estupenda la idea de papá.

RIVE. Es de origen yankee. La hemos copiado del presidente Roosevelt, quien en sus campañas electorales fué el primero en utilizar este aparato. Pero nosotros vamos más allá. Nuestro gramófono es más perpecto: no solamente recita los discursos del diputado, sino que merced a cierto registro impresiona las contestaciones de los electores.

SUZET. ¡Es curioso! Sobre todo no olvide usted mi carta.

RIVE. La entregaré enseguida. (Suzette sale. Rivelot se dirige a la puerta de la derecha y la abre.) Ciudadano Cruchet, entre usted. (Entra un elector vestido con el traje de los días de fiesta.) Siéntese usted. (Le hace sentar delante del gramófono.) ¿Viene usted para obtener la plaza de juez de paz? Puede estar satisfecho, Cruchet, será usted nombrado.

CRUCHET ¡Al fin! Cansado de esperar, he tenido que sacar dinero de donde he podido y por ello me he ganado una condena de seis meses de cárcel.

RIVE. Con semejante antecedente la cosa cambia. Ya será más difícil, pero, en fin, se hará lo que se pueda.

CRUCHET Desearía ver al señor Bourdier.

RIVE. Le dejo a usted con él. El señor Bourdier va a dirigirle la palabra. (Toca el resorte del gramófono.)

GRAMÓF. «Ciudadano: vuestra visita es una nueva prueba de fraternidad democrática. Leo en vuestro semblante la adhesión que sentís por mi persona y por las ideas que yo encarno. Ya sé lo que esperáis. Haré cuanto de mí dependa para complaceros y hacerme digno de vuestra confianza. Mañana como hoy me hallaréis en la brecha y oiréis elevarse contra todos los abusos el

grito de mi conciencia republicana y socialista.» (Rivelot detiene el gramófono.)

CRUCHET (Muy satisfecho.) ¡Gracias, señor Bourdier, muchas gracias. ¡Ese es un diputado de cuerpo entero! Puede usted decirle de mi parte que mi voto será siempre para él.

RIVE. (Indicándole la salida.) Por aquí. ¿Si quiere usted beber una copita?

CRUCHET A eso siempre estoy dispuesto. (Salen.)

ESCENA VII

BOURDIER, despues BLOND

BOUR. (Entrando.) ¡Al fin! ¡Uf!... (Coge un periódico, lo desdobla, se sienta junto al proscenio y se dispone a leerlo.)

BLOND (Entra a pasos quedos sin ser visto y se aproxima a Bourdier.) Caballero...

BOUR. (Sorprendido.) ¿Eh? ¿Cómo ha entrado usted aquí?

BLOND Pues diciendo que se me esperaba.

BOUR. ¿Quién es usted?

BLOND Me llamo Blond. Soy comisario especial de policía.

BOUR. (Aparte.) ¡Toma! ¿Qué querrá? (Alto.) Pues yo soy...

BLOND Es inútil, caballero, es inútil. Demostraría yo ser un policía insignificante si al mirar cara a cara a un hombre no adivinara quién es.

BOUR. ¿Cómo?

BLOND Algunas deducciones me bastan. Son infalibles. Cómo buen discípulo de Sherlock Holmes no me equivoco nunca. Así, pues, su presencia en este gabinete me da a entender que es usted un familiar de esta casa. La alianza que lleva usted en el dedo meñique de la mano izquierda me indica que está usted casado y esa mancha en la manga derecha dice claramente que su es-

posa no cuida de usted, es decir, que ya no le ama.

BOUR. ¡Caballero!

BLOND Es rubia, sí señor, este cabello le pertence. (Le saca un cabello del hombro.) La forma del chaqué que usted usa y que data de tres años, me dice que no anda usted sobrado de dinero.

BOUR. ¡Oh!

BLOND Termino. Las rodilleras de su pantalón tienen un aspecto que revela que usted trabaja sentado. Tiene usted la cara lánguida propia del hombre encanecido en los quehaceres subalternos, la mirada sin expresión, los dedos manchados de tinta, etcétera. Todo esto me demuestra que usted es el secretario del señor Bourdier.

BOUR. Caballero, voy perdiendo la paciencia. Sepa usted que yo soy el señor Bourdier.

BLOND Usted es...

BOUR. Soy el señor Bourdier, en persona.

BLOND Si. Prácticamente es posible que sea usted el señor Bourdier, pero teóricamente no debería usted serlo.

BOUR. Basta ya. Explíquese de una vez quién es usted.

BLOND ¡Ah! ¡Ah! Me inspira usted lástima cuando pienso que se ve obligado a preguntármelo. Si poseyera usted mi perspicacia y mi clarividencia sería inútil esa pregunta y ya se habría dicho usted: ese hombre prodigioso es el comisario jefe de la policía particular, especial, privada y secreta de Su Majestad Juan IV, Rey de Sistria, agregado a su persona y encargado de organizar los servicios de vigilancia. S. M. ha de venir a pasar veinticuatro horas en el castillo del Marqués de Chamarande, cuya propiedad linda con esta y vengo a pedir a usted autorización para colocar en el jardín a uno de mis agentes. Aquí tiene usted mi credencial.

BOUR. Está bien. Voy a poner a usted en relación con mi secretario Jorge Rivelot.

BLOND Pero señor Bourdier, esta misión es estrictamente confidencial.

BOUR. ¡Oh! No tema usted. Rivelot es un muchacho muy formal, muy bien educado, es hijo de una familia respetable, sobrino de un magistrado de Poitiers y es además licenciado en Derecho. Puede usted confiar en su tacto y en su discreción.

BLOND Está bien.

BOUR. Voy en su busca. Hasta ahora.

BLOND Señor Bourdier, a sus órdenes. (Sale Bourdier. Blond se fija en una caja de cigarros que hay sobre la mesa, la abre, saca uno y lo enciende.)

ESCENA VIII

BLOND, RIVELOT, después MARTA.

RIVE. (Entrando.) El señor Bourdier me ha dado la orden de ponerme a la disposición de usted. Yo soy ..

BLOND Es inútil, caballero, es inútil. Me basta verle para adivinar que es usted el secretario del señor Bourdier.

RIVE. En efecto.

BLOND (Examinándole con gran atención.) Ciertos detalles de su fisonomía me dicen que es usted licenciado en Derecho, que es usted hijo de una familia respetable, que tiene un tío magistrado en Poitiers y que se llama Jorge.

RIVE. ¡Ah! ¡El caso es extraordinario!

BLOND Es un don. (Aparte.) Esta vez no me equivocado. (Alto.) Aquí está mi credencial.

RIVE. (Ojeándola.) Perfectamente. Cuando usted quiera podrá mandar al agente y en todo me tendrá a su disposición.

BLOND Muchas gracias. Entonces con el permiso de usted voy a entrar en campaña. Quisiera

aprovechar esta visita para ponerme en contacto con la servidumbre de esta casa.

RIVE. Puede usted hacerlo. Pero, ¿y el incógnito?

BLOND No lo revelaré. Conozco mi oficio.

RIVE. Muy bien. Entonces, hasta la vista.

BLOND No señor, no. ¡Adiós!

RIVE. ¿Cómo es eso? Pero durante la estancia del Rey en Francia se me presentará ocasión de ver a usted nuevamente.

BLOND No. Usted me ve por última vez, a lo menos bajo este aspecto. Para el buen desempeño de la misión que me está confiada me veo obligado a transformarme según los puntos a donde deba seguir S. M. Tal vez nos encontraremos, pero no me reconocerá usted.

RIVE. (Escéptico.) ¡Oh! ¡Oh!...

BLOND Nadie me ha reconocido hasta el momento presente.

RIVE. Apuesto lo que quiera que yo reconoceré a usted siempre.

BLOND Presunción, pura presunción. Pero ya que me reta usted acepto la apuesta.

RIVE. ¿Qué apostamos?

BLOND (Señalando la caja de tabacos que hay sobre la mesa.) Una caja de cigarros cómo esta.

RIVE. Con mucho gusto.

BLOND ¿Cómo sabré yo que usted me ha reconocido?

RIVE. Fíjese. Cada vez que le reconozca haré este gesto. (Hace un movimiento con la mano.) No lo olvide usted.

BLOND Tengo buena memoria. Entendidos. A sus órdenes: (Se dispone a salir.)

RIVE. Servidor de usted. (Sale Blond.) Vaya un tipo.

MAR. (Entrando.) Rivelot, ¿han traído la Ilustración?

RIVE. Aquí está señora. (Le entrega la Ilustración y sale, Marta se dirige al proscenio ojeándola.)

ESCENA IX

MARTA, BLOND

BLOND (Entrando. Aparte.) A pesar de mi buena memoria dejaba olvidados el sombrero, el bastón y los guantes. (Se fija en Marta que está de espaldas.) Dispense usted, señora. (Marta vuelve la cabeza.) ¡Oh!

MAR. ¡Ah!

BLOND ¡Youyou!

MAR. ¡Torbellino, mi primer novio!

BLOND ¿Tú aquí?

MAR. Vaya un encuentro inesperado... Diez años sin vernos. ¿A qué vienes?

BLOND De visita. ¿Y tú que haces aquí?

MAR. Pues yo... la recibo.

BLOND. ¡Siempre de buen humor! ¿Eres la modista de la señora de Bourdier.

MAR. No.

BLOND ¿Pues por qué estás en su casa?

MAR. En la mía.

BLOND ¿Cómo?

MAR. Soy la señora de Bourdier.

BLOND ¿Es posible?

MAR. Lo que oyes.

BLOND ¡Oh! ¿Y qué camino has seguido para llegar a esa situación?

MAR. El de la Alcaldía y el de la Parroquia. Ya lo ves estoy casada y bien casada.

BLOND Me dejas perplejo.

MAR. ¿Y tú, Torbellino, que ha sido de tu vida?

BLOND Ya no uso aquel apodo que me sacastéis a causa de mis ideas dislocadas, mi cerebro en constante ebullición, mis quehaceres múltiples e inestables y mi carácter bullanguero y excitable. Ahora soy el señor Pedro Blond, comisario jefe de la policía particular, especial, privada y secreta de Su

Majestad Juan IV, Rey de Sistria, a quien precedo.

MAR. ¡Ah! Pero cuenta, cuenta, porque me extraña ese cambio. Te dejé hecho un bohemio sin oficio fijo y con más ilusiones que dinero.

BLOND Sin embargo, recordarás que a pesar de mis ligerezas nunca dejé de ser razonable. En la loca infusión de mis ideas hervían dos gérmenes; el de la cordura y el de la perspicacia; se juntaron, tomaron cuerpo y con el tiempo han formado al ser excepcional que tienes delante.

MAR. Mi admiración llega al colmo. Prosigue.

BLOND Provenzal por mi madre y anglo sajón por mi padre poseo la fantasía exuberante de de los meridionales y la reposada iniciativa de los septentrionales. Cuando te perdí de vista, continué en París agarrándome a lo que salía; después de una temporada que pasé en varios cafés de los arrabales como desafinador de pianos, pedí protección a las musas, éstas me oyeron, me dediqué a la literatura y me distinguí escribiendo novelas como Víctor Hugo, Balzac, Alejandro Dumas, Alfonso Daudet, etc. Pero muy pronto me convencí de que en estos tiempos el público no lee y que los libros no dan ni para zapatos. Cambié de género como quien cambia de traje y entré en el periodismo; todos los jueves escribía para «La flor de lis» un artículo que firmaba «Un monárquico consecuente» y todos los domingos otro para «El eco del Socialismo» firmando «Un republicano consecuente». Pero un día después de una orgía alcohólica me equivoqué de convicciones, los directores de ambos periódicos lo tomaron a mal y me dieron con ambas puertas en las narices. Entonces desengañado de la política, de sus mezquindades y de sus intrigas, me consagré en cuerpo y alma, al úni·

co periodismo serio, al solo género en que se puede ser sincero, elocuente, imparcial y poeta. Me dediqué al reclamo. Por este camino llegué hasta la Corte de Sistria.

MAR. ¡Vaya una historia extraordinaria!

BLOND ¿Ignoras tú que hoy todos los éxitos dependen de la publicidad? ¿No sabes que los Reyes, sin darse ellos cuenta, sirven de reclamo al sastre que los viste, a la casa constructora de los automóviles que usan, a la marca de los vinos que beben y a los espectáculos a que concurren? Pues en la actualidad los campos de batalla están en los almacenes y talleres y las armas en boga son los anuncios que se lanzan a la publicidad. Esto te explicará porque fuí comisionado por una perfumería de París para ir a ofrecer a S. M. la Reina Beatriz de Sistria veinticinco mil francos para que se limpiase la dentadura solamente con los polvos llamados «Brisa Celeste» fabricación exclusiva de la casa «Durand, padre, hijo y compañía». Debo hacer constar que la Reina rehusó.

MAR. Más vale así.

BLOND Me pidió cincuenta mil. Los obtuve y esto me hizo tomar pie en la Corte de Sistria. Se fijaron en mí, descubrieron mi valía, me protegieron y fuí sucesivamente: maestro de baile, inspector de consumos, intendente de museos y por último comisario jefe de la policía particular, especial, privada y secreta de S. M. Juan IV, Rey de Sistria. Ya ves pues, cómo en el siglo XX el que no sabe nada llega a todo. ¿Qué te parece?

MAR. Me dejas atontada.

BLOND Hay motivo. Pero mi metamórfosis no es menos inesperada que la de Youyou convertida en señora de Bourdier. Explícate a tu vez.

MAR. Pues el caso aconteció de un modo natural,

casi sin que yo misma me diera cuenta. El vivía muy cerca de mi taller, nos cruzábamos con frecuencia, por lo visto se fijó en mí, pues cierto día se me aproxlmó y me dijo que yo era muy de su agrado; yo le contesté que él no lo era del mío. Naturalmente desde aquel día su empeño fué mayor, no me dejaba ni a sol ni a sombra, hasta que yo le dije, riéndome por lo bajo, que detestaba las situaciones incorrectas.

BLOND ¿Y entonces?

MAR. Seis meses después era la señora de Bourdier.

BLOND ¿Te debe parecer un sueño?

MAR. No. Desde los diez y seis años imaginaba que acabaría por casarme con un potentado. Por lo tanto lo acontecido me parece la cosa más natural del mundo.

BLOND ¡Qué contenta debes estar al verte con esos trajes tan fastuosos!

MAR. Cuándo en el taller pasaban por mis manos pensaba: ¡Ah! ¡Si fuesen para mí! Ahora que son para mí no les doy importancia.

BLOND ¿Pero eres feliz?

MAR. Sí. Sí. Nada me falta. Tengo un palacio, automóviles, coches, una doncella para abrocharme los guantes, tenacillas para el azucarero y cuarto de baño. En fin, el derroche.

BLOND ¡Oh! Quién lo hubiera imaginado al verte en otros tiempos frecuentar el ventorro del «Pavo trufado» en las orillas del Sena...

MAR. Tienes razón. ¿Te acuerdas? Ibamos allá a almorzar los domingos todas las del taller con nuestros novios respectivos.

BLOND Y después a navegar por el río abandonando el bote al impulso de la corriente.

MAR. Pero cuando se trataba de volver al punto de partida, entonces ya era otra cosa.

BLOND En cada barquichuela había un hombre que remaba con ardor y una mujer recostada a un lado que miraba el cielo azul...

MAR. O las ondas color de esmeralda del río en las que se reflejaban las casas y los árboles al revés.

BLOND Cómo nuestras ideas que también andaban a la inversa.

MAR. Cantábamos a ratos, reñíamos en ocasiones y el buen humor no nos abandonaba nunca.

BLOND Sin sentir la fatiga del remo, ni los ardores del sol de estío.

MAR. ¡Oh! ¡Qué vida aquella!

BLOND Al llegar la noche y al contemplar las estrellas hasta el sér más vulgar se sentía poeta.

MAR. Todos callábamos y empezábamos a soñar despiertos sin saber en qué.

BLOND Luego nos embotellábamos en los tranvías y llegábamos a París jadeantes, soñolientos y tristes al pensar que ya se había acabado el domingo que nos había parecido tan corto.

MAR. Y los demás días de la semana tan largos...

BLOND De todas las que formaban nuestra comitiva, tú eras la más avispada, la más traviesa, la más linda. Ninguna cómo tú para soltar un chiste o entonar una cancioncilla de sobremesa. ¡Y yo te acompañaba demostrando tanto talento!

MAR. Cada domingo rompías una cuerda del piano.

BLOND ¿Te acuerdas de aquella canción tan airosa?...

MAR. ¿Cuál?

BLOND La última que improvisé. ¿Tu gran triunfo?

MAR. ¡Ah!... Sí .. Aguarda... Ya la cogeré... Me revolotea...

BLOND Déjame probar. (Se sienta en el piano, comienza a tocar y poco a poco recuerda el motivo,)

MAR. Eso es. ¿Qué haremos para no olvidarla?... ¡Ah! Ya sé. Espera, el gramófono, y quedará impresionada. (Arregla el gramófono.) Ya está.

BLOND Pues empiezo. (Blond inicia un alegre motivo en el piano.)

MAR. (Comienza a cantar con alguna vacilación al principio y a medida que va recordando la letra lo hace con mayor entusiasmo.)

En Joinville encontré
a Youyou la amada.
Tiene los ojos verdes
la frente pálida,
y la nariz es chiquita
y arremangada.
Le pregunté: ¿me quieres?
contestó: te quiero.
Y estas dos palabritas
me abrieron el cielo.
Desde aquellos instantes
ya nada me encanta,
que Mayo se aproxime
y Enero se vaya,
que los pájaros canten
y las rosas se abran,
ni aquellos agapes
que siempre acababan
con copas de fine
y la media taza.
Siendo esto del mundo
lo retemejor
No vale, no vale
no vale el amor.

(Antes de acabar Marta la canción, cuando cantaba con mayor entusiasmo y había iniciado un discreto movimiento de baile, acompañándola Blond con ímpetu en el piano, llevando el compás con la cabeza y pies, entra por el fondo un criado seguido del Marqués de Chamarande. Este queda asombrado. Marta se fija en él, lanza un grito y desaparece veloz. Blond que nada ha visto continúa tocando y cantando a grandes voces.)

BLOND (Sin volver la cabeza.) Adelante, Youyou. Venga la segunda estrofa. (Vuelve la cabeza, se fija en el Marqués, cierra el piano con la mayor tranquilidad, se levanta y saluda con gran corrección.)

ESCENA X

BLOND, el MARQUÉS

MARQ. (Aparte.) ¡Oh! ¡Oh!... ¿Qué gente es esa?

BLOND (Saludando.) ¡Caballero!...

MARQ. ¡Caballero!... (Al criado.) Diga usted al señor Bourdier que el Marqués de Chamarande desea hablarle. (Criado sale.)

BLOND (Aparte.) ¡Ah! El Marqués de Chamarande. (Alto. Aproximándose a él.) Permítame usted que realice cierta prueba para mi satisfacción personal.

MARQ. ¿Qué?

BLOND Marqués, usted habla el italiano a la perfección, toma el te sin azúcar, tiene usted en su dormitorio una alfombra colorada. A la edad de cinco años guiaba usted un tilbury arrastrado por un borrico gris, cierto día volcó usted, se hizo un chichón en la frente y se rompió dos incisivos.

MARQ. ¿Eh?

BLOND Lo digo sencillamente para mi satisfacción personal. Beso a usted la mano. (Saluda y sale.)

ESCENA XI

MARQUÉS, BOURDIER

MARQ. (Solo, Aparte.) ¡Oh! ¡Oh! ¡Debe estar loco! ¡Dios mío, qué gente hay en esta casa! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué sociedad!...

BOUR. (Entrando precipitadamente y muy amable.) ¡Oh! Marqués, dispense usted la tardanza.

MARQ. Yo, señor Bourdier, soy quien debe escusarse por venir a molestar a usted. Mi visita...

BOUR. Me proporciona el mayor placer.

MARQ. A título de vecino vengo a pedir a usted un favor.

BOUR. Delo por concedido y con el mayor gusto. Porque al pedírmelo me prueba usted, Marqués, que está dispuesto a pasar sobre nuestras antiguas rencillas una cordial esponja. Así no quedará rastro de aquellos desacuerdos que motivaron varias polémicas algo violentas en el periodismo y en la tribuna.

MARQ. Sí. Cambiamos ciertos epítetos...

BOUR. (Amigablemente.) Pero no se apartaron del modelo corriente. Yo llamé a usted «detrito de otros tiempos», «fósil pestilente», «cerebro apolillado»...

MARQ. (Sonriendo.) En desquite yo califiqué a usted de «mercanchifle rastrero», «ambicioso insaciable» y «tuno redomado».

BOUR. Tenga usted la amabilidad de tomar asiento. ¿Cómo está la Marquesa? ¿Bien, verdad? ¡Cuánto me alegre! Sírvase usted ponerme a sus pies.

MARQ. Lo agradecerá infinito. No pregunto a usted por su esposa porque la he visto al entrar y me ha parecido que se encontraba en perfecto estado de salud. ¡Pero qué salud y qué agilidad!

BOUR. Felizmente siempre está bien. Va usted a tomar una copita de Jerez.

MARQ. Con mucho gusto.

BOUR. (Sirviéndole.) Entonces con franqueza, ¿no me guarda usted rencor por haberme apoderado de la Alcaldía?

MARQ. No señor. Su elección fué muy oportuna. El Ayuntamiento quería emplear grandes cantidades en obras inútiles, había por lo tanto que levantar un empréstito ruinoso. Usted se ha encargado de esa pesada carga y me ha librado de una situación difícil y comprometida.

BOUR. ¿Y por haberle reemplazado en la Cámara?

MARQ. Tampoco.

BOUR Me limité a obedecer la voluntad popular. Yo respeto en gran manera el sufragio universal.

MARQ. Yo también.

BOUR. ¿Usted?

MARQ. Sí. Y para probarlo voy a referir ciertos hechos que datan del verano pasado; tres o cuatro días antes de las últimas elecciones.

BOUR. En las que fuí elegido diputado por este distrito luchando contra usted.

MARQ. Triunfó usted por dos votos tan sólo de mayoría.

BOUR. Precisamente.

MARQ. Pues una noche después de comer, salí de mi casa para dar una vuelta. Seguí el camino de Valvins y para descansar me senté sobre una encina caída a la entrada del bosque. Tomaba el fresco y meditaba a la luz de la luna, cuando dos hombres de muy mala facha salieron de la espesura. Procuré evitar mi presencia ocultándome detrás de un árbol, pero no sin llevar instintivamente la mano al revólver con ánimo de seguirles de lejos y al entrar en poblado disparar al aire para llamar la atención y hacerles detener. Pasaron hablando y sin verme: «Oye, Bizco, dijo uno de ellos, ¿qué día desbalijamos la Villa Eugenia?—¿Te parece bien el domingo? preguntó el otro.—¡Ah! No. El domingo es imposible.—¿Por qué?—Porque tenemos que ir a votar.» Al oir estas palabras, guardé el revólver y dejé que se alejasen tranquilamente. No tengo derecho, me dije, de falsear, suprimiendo dos electores, la expresión sincera del sufragio universal. Y, cuánta razón tuve, amigo Bourdier, porque fué usted elegido con dos votos de mayoría, los de los dos bandidos.

BOUR. ¡Marqués!...

MARQ. No se indigne usted. Si obtuvo usted el su-

fragio de aquellos, también obtuvo el mío.

BOUR. ¿El de usted? ¡Oh! ¡Cómo se chancea!

MARQ. De ningún modo. Yo voté por usted. ¿Se sorprende, verdad? Pues sencillamente porque usted es el hombre que necesitamos. Me satisface que conduzca usted la República al abismo. Esto es lo que nos conviene a los realistas. Por lo tanto yo soy un elector de usted e invoco este título para pedirle un favor.

BOUR. Hable con franqueza.

MARQ. Ya debe usted saber que el Rey de Sistria me dispensa el honor de venir a cazar a Chamarande dentro de veinte días.

BOUR. (Aparte.) Va a invitarme.

MARQ. Mis reproducciones de faisanes no han sido fecundas este año. ¿Quiére usted cederme los que me hacen falta para que mis bosques estén bien repletos?

BOUR. Con mucho gusto. ¿Cuántos quiere usted?

MARQ. Tres mil me bastan. Naturalmente el precio que usted estipule será el mío.

BOUR. ¡Oh! Marqués, no hablemos de eso.

MARQ. Muchas gracias.

BOUR. Le saldrán a usted a diez francos la pieza.

MARQ. (Aparte.) Como quien no dice nada. (Alto.) Le mandaré a usted un cheque de treinta mil francos.

BOUR. Tengo una gran satisfacción en haber podido servir a usted.

MARQ. Quedo profundamente agradecido a su bondad. No quiero molestarle por más tiempo.

BOUR. Nada de eso. Deseo aprovechar la visita de usted para hablarle de cierto asunto.

MARQ. Escucho.

BOUR. ¡Ah! Marqués, yo tengo una hija...

MARQ. Por cierto que es encantadora, amigo Bourdier, por todos conceptos encantadora.

BOUR. ¿Verdad? Espíritu sensible y elevado, noble, buena e instruída.

MARQ. Me consta, amigo Bourdier, me consta.

BOUR. ¡Pobrecilla! Muy niña aun quedó sin madre...

MARQ. Y sin abuela. Me consta también.

BOUR. Usted tiene un hijo, un muchacho muy simpático que le hace la corte.

MARQ. Lo sospechaba.

BOUR. Yo no he querido fomentar esas relaciones sin contar antes con el beneplácito de usted.

MARQ. No pasemos adelante. Nunca daré mi consentimiento.

BOUR. Pero, ¿por qué?

MARQ. No me obligue usted a demostrarle con datos irrefutables los malos resultados que han dado siempre los matrimonios desiguales. Usted ha leído novelas, asiste a los teatros y recordará perfectamente lo desgraciado que fueron los casamientos del Marqués de Presles con la hija de monsieur Poirier, el de Clara de Beaulieu con Felipe Derblay y tantos, y tantos.

BOUR. Pero, Marqués, usted sólo me cita héroes de comedia.

MARQ. En la vida real las cosas han pasado siempre de la misma manera.

BOUR. Los tiempos han cambiado. Si nuestros hijos se casan no será un enlace equivocado, porque si usted cuenta con muchos antepasados yo cuento con mucho dinero. Dentro de veinte años el valor del dinero habrá triplicado, mientras que el de los antepasados habrá quedado el mismo. Hoy día el vil metal todo lo puede. Es la única potencia.

MARQ. Desgraciadamente en ese punto todo el mundo está conforme.

BOUR. Y el que no tiene capital no representará nunca un gran papel en la sociedad.

MARQ. ¿Esa es la opinión de usted? Pues la mía es que entre los pobres los hay que lo son porque no han querido venderse.

BOUR. Todo se vende: las conciencias, el talento, las ideas... el pantalón que usted lleva.

MARQ. Me parece que la bromita es de un gusto algo dudoso.

BOUR. Pues, sí, señor, se puede vender el pantalón que usted lleva y la prueba es que yo se lo compro.

MARQ. ¿Qué está usted diciendo?

BOUR. Doy por él cien mil francos.

MARQ. ¡Cien mil! Quédese con él. (Hace ademán de quitarse el pantalón.)

BOUR. ¡Alto! Es una imagen.

MARQ. Lo siento.

BOUR. Pues ya ve usted como todo un Marqués de Chamarande estaba dispuesto a quedarse sin pantalones. ¿Reconoce usted ahora el poder supremo del dinero? ¿Se convence usted de lo que puedo obtener con mi opulencia?

MARQ. No hable usted tan alto de su opulencia. A pesar de ella no puede usted señalar una dote a su hija.

BOUR. ¿Por qué?

MARQ. ¿No es usted socialista?

BOUR. Sí.

MARQ. ¿Colectivista?

BOUR. Naturalmente.

MARQ. Por lo tanto usted se decidirá un día u otro a repartir sus bienes de fortuna entre los obreros de su fábrica de conservas.

BOUR. ¡Yo! ¡Jamás!... Nunca se me ha ocurrido semejante idea.

MARQ. Pues entonces es usted un odioso capitalista como yo.

BOUR. Nada de eso. Usted se considera como el propietario de sus bienes, mientras que yo y mis descendientes nos consideramos como meros depositarios de los míos. Por lo tanto el caudal de usted es un caudal capitalista, mientras que el mío es socialista.

MARQ. Pero es exactamente lo mismo. Todo se reduce a un cambio de palabras.

BOUR. Tranquilícese, usted, Marqués, mi hija tendrá una dote regia.

MARQ. Lo celebro. Pero a pesar de ello le agradeceré mucho que no me vuelva a hablar más de un proyecto que es irrealizable.

BOUR. Sin embargo...

MARQ. De todo punto irrealizable. Es ya tarde y con el permiso de usted me retiro. Sírvase ponerme a los pies de su esposa y de su divina hija. Hasta la vista, querido amigo.

BOUR. Hasta la vista, Marqués. (Sale el Marqués y Bourdier le acompaña hasta la puerta.)

ESCENA XII

BOURDIER, después RIVELOT

BOUR. (Volviendo al proscenio.) ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Ese aguilucho mordaz, ese vejestorio carcomido, ese hidalgo pelón, desprecia a mi hija. ¡Y con cuánta soberbia! ¡Con qué ironía! ¡Ah! Yo hubiera querido mostrarme enérgico con él, pero no he sabido, porque cuando quiero ser enérgico soy grosero. Por lo tanto, para ser cortés he sido pusilánime. ¡Ah! ¡Vetusto Marqués de Chamarande, queda una cuenta pendiente entre los dos! Me vengaré, ahora no sé en qué forma, pero me vengaré. ¡Nos veremos las caras!

RIVE. (Entrando con una tarjeta.) ¿Señor Bourdier, quiere usted recibir a esta señora que viene de París en automóvil?

BOUR. (Leyendo.) Teresa Marnix... No recuerdo.

RIVE. Pero sí. Es la nueva inquilina del hotel que usted posee en la calle de Fortuny.

BOUR. ¿Una de mis inquilinas? No estoy en casa. Vendrá a pedirme reformas o disminución de alquiler. Dígale que he salido y si usted quiere emplee un tono destemplado. A los inquilinos hay que tratarles así.

RIVE. (Se dispone a salir.) Está bien.

BOUR. (Dándose un golpe en la frente.) ¡Ah! Teresa Marnix... Teresa Marnix... Rivelot, espere usted. Ahora recuerdo. Teresa Marnix es una mujer muy guapa...

RIVE. Extraordinariamente.

BOUR. Es la gran actriz gloria de la escena francesa.

RIVE. Sí, señor, es una artista genial, de modales distinguidos, de elegancia suprema.

BOUR. Que pase. Que pase enseguida. (Sale Rivelot. Bourdier se pasea por la estancia. Entra en seguida Teresa acompañada de William Touret.)

ESCENA XIII

BOURDIER, TERESA, WILLIAM

BOUR. (Muy amable.) Señora...

TER. Señor Bourdier...

BOUR. (Fijándose en William.) ¿Ese caballero acompaña a usted?

WILL. Sí, señor, desde el invierno pasado.

TER. (Presentando.) Mi secretario el señor William Touret, literato a ratos perdidos. En la actualidad está escribiendo una comedia para mí.

WILL. ¡Oh! Sí. Una comedia para ella.

BOUR. Le felicito. Es usted muy joven. ¿Hace mucho tiempo que escribe usted?

WILL. Desde el invierno pasado.

BOUR. Señora, la visita de usted me es muy agradable. Desde que figura entre el número de mis inquilinos no se me había presentado una ocasión de conocerla particularmente. Pero en el teatro he aplaudido muchas veces a la artista genial. Sin duda la visita de usted tiene por objeto hablarme del hotel que habita.

WILL. Desde el invierno pasado.

TER. Hasta ahora sólo he tratado con el administrador de usted que es una persona en extremo desagradable.

BOUR. Estoy muy contento de él.

TER. Me parece natural. Pero como no ha querido atender a ninguna de mis peticiones, me veo obligada a recurrir a usted exponiéndome a que mi visita resulte poco oportuna y tal vez molesta.

BOUR. Nada de eso, señora.

TER. Agradezco a usted esas amables frases y paso a comunicarle el objeto de mi visita: deseo hacer algunas reformas en el hotel que habito.

BOUR. Me parece que no habrá inconveniente alguno... (De pronto a William.) Señor...

WILL. William Touret.

BOUR. Pues, señor Touret, ya que escribe usted para el teatro, tal vez pueda interesarle mi galería de cuadros.

WILL. ¡Oh! Sí.

BOUR. Le gustarán a usted. Todos son muy caros, muy grandes y con marcos muy hermosos.

TER. Vaya usted a verlos, Riri.

WILL. Voy allá. Con su permiso.

BOUR. (Indicando.) A la derecha. Sin cumplidos. (William sale.) ¿Riri?

TER. Sí. Es un nombre cariñoso. ¡Es tan niño!

BOUR. (Sentándose al lado de Teresa.) Pues bien, no andaré con subterfugios. Estallo de entusiasmo por haber tenido el honor de conocer a usted.

TER. Yo también lo celebro, pero sin estallar, por supuesto. Por lo demás no es usted un desconocido para mí. He leído sus discursos. ¡Son magníficos!

BOUR. (Aparte.) No miente la fama. Tiene mucho talento.

TER. Pero he de hacer constar que las ideas de usted no son las mías.

BOUR. ¡Ah!

TER. Nosotras somos conservadoras.

BOUR. No me extraña.

TER. Pero hablemos del objeto de mi visita. Las obras...

BOUR. Dejemos aparte las obras. Se hará todo lo que usted quiera, porque usted es...

TER. ¿Qué?

BOUR. Es particular lo que me pasa. Quisiera expresar a usted con palabras inspiradas el efecto que me produce la presencia de usted en esta casa. Pero usted me intimida. No extrañe, pues, mi cortedad.

TER. No se avergüence, señor Bourdier. Ustedes los socialistas lo poseen todo: los honores, el poder, la influencia, pero no saben hablar a las mujeres, porque no las tratan. Solo conocen a una: la República una mujer con gorro frigio.

BOUR. Pero, señora...

TER. Sí. Sí. Una mujer con gorro frigio y mal vestida. Nunca será elegante. El día en que sus amigos de usted la presentaron bruscamente al mundo, instalándola en el poder, grabando su efigie en los sellos y en las monedas y colocando su busto en las oficinas del Estado, la infeliz se vistió tan aprisa que no se acordó de la ropa interior y se cubrió con el primer trapo que halló a mano, que por cierto le está corto. Quiso ponerse afeites para hacer mejor efecto, pero en su aturdimeinto lo hizo tan mal que se embadurnó de carmín todo el rostro.

BOUR. Es usted severa.

TER. Y ustedes, hagan lo que hagan, siempre serán los amantes de esa mujer.

BOUR. Muy bien.

TER. No saben ustedes distinguir, no sienten el instinto de los matices, ni saben pulsar las cuerdas sensibles del espiritu femenino. Dias atras dije yo a un senador muy viejo: «Amigo mío, es usted demasiado joven.» Y se quedó tan contento.

BOUR. Entonces, según usted, nosotros somos incapaces de agradar a las mujeres.

TER. A las actuales. Para conquistarnos hay que hacernos la corte durante varias generaciones. Consuélese usted. Son varios los régimenes que han sufrido la misma suerte: los merovingios no fueron afortunados en amores; en cambio los Borbones sí; Napoleon I fué tambien desgraciado con las mujeres. Estoy segura que usted mismo, si dentro de un siglo o dos, pudiese encontrarse delante de mí, entonces me hablaría con la facilidad que hoy le falta. Ya ve usted que todo es cuestión de tiempo. Paciencia, pues, y prepararse a esperar.

BOUR. Se está usted divirtiendo a costa mía. Dice usted que nosotros los socialistas sólo sabemos hablar en la tribuna y ni bien ni mal cuando tenemos delante a una mujer. Va usted a convencerse de lo contrario.

TER. Tengo curiosidad...

BOUR. ¿Cómo es posible que yo que nunca me he turbado delante de las multitudes me achique delante de una dama?

TER. Pues empiece.

BOUR. (Tomando aliento.) Yo quería decir a usted... En fin, que... Que es usted... (Se corta. Furioso.) Tiene usted razón. No puedo. La presencia de usted me impresiona y me perturba... ¡Ah! ¡Si en lugar de ser usted la mujer que es, fuese la que yo soñaba a los veinte años!...

TER. ¿Y cómo era el ideal de usted en aquella época?

BOUR. Una mujer como usted físicamente, pero... ¿Cómo lo diré?... Con menos talento y más travesura... ¡Ah! ¡Si hubiese conocido a usted en aquella época!... Entonces hubiera visto si yo sabía o no hablar con una mujer.

TER. ¿De veras?

BOUR. Le hubiera dicho sin rodeos: siéntese usted aquí y oigame con atención. (Se vuelve de espaldas a Teresa y habla a una silla desocupada.) Estoy en los albores de la juventud y necesito amar. Es lo que me falta para completar mi existencia, para darme tono ante los amigos y para que los vecinos me envidien. Si corresponde usted a mi pasión no vendrá nunca el caso de que tenga que arrepentirse. Aseguraré su presente y su futuro: cien mil francos anuales, un hotel en la calle de Fortuny, precisamente el que usted habita ahora, una villa en Trouville, tres hilos de perlas y un estanco para su mamá. Y por último aunque no soy ningun Adonis, tampoco soy ningun centauro.

TER. Señor Bourdier, a los veinte años no podía usted hablar así, porque en aquella época poca cosa poseía usted. Pero le agradezco mucho que ahora que puede ofrecerlo no haya empleado conmigo semejante lenguaje, contentándose con dirigirse a esa silla. Muchas gracias por no haberme propuesto la donación del hotel de la calle de Fortuny , ni la villa de Trouville, ni los tres hilos de perlas, ni el estanco para mi mamá, ni los ciento cincuenta mil francos de renta.

BOUR. Dispense usted, cien mil.

TER. No hubiera perdonado a usted semejante osadía. Una vez mas, gracias, señor Bourdier. Nunca olvidaré su delicadeza.

BOUR. ¿Me permitirá usted que pase por su casa para ver las obras qué hay que hacer?

TER. Sí, señor. Y ahora, señor Bourdier, con su permiso me despido de usted, es algo tarde y dispongo del tiempo indispensable para regresar a París. Tengo función esta noche. Señor Bourdier...

BOUR. Señora, a los pies de usted.

TER. (En el dintel de la puerta.) ¡Ah! Olvidaba algo.

BOUR. ¿Qué es ello?
TER. William Touret.
BOUR. ¿Riri? (Riendo.)
TER. (Riendo.) Precisamente.
BOUR. (Junto a la puerta, llamando.) ¡Riri! ..
TER. Gracias.
WILL. (Entrando.) Aquí estoy.
TER. Nos marchamos.
WILL. Señor Bourdier, posee usted una colección espléndida.
BOUR. Es usted muy amable y muy inteligente. Buenas tardes.
WILL. Servidor de usted.
TER. (Con una sonrisa.) Buenas tardes. (Salen Teresa y William y entra RIVELOT.)

ESCENA XIV

BOURDIER, RIVELOT

RIVE. Señor Bourdier. Aquí está la biografía.
BOUR. Muy bien. Ya la leeré.
RIVE. Los delegados del distrito de Fremieres están aquí.
BOUR. Que les reciba el gramófono.
RIVE. Perfectamente. (Bourdier sale.)

ESCENA XV

RIVELOT, BLOND

RIVE. (Aprieta el botón del timbre. Prepara el Gramófono. Entra BLOND transformado en criado, pero mal transformado.) Haga usted pasar a los miembros de la comisión.
BLOND Se cumplirá al pie de la letra la orden del señor.

RIVE. ¿Eh? ¿Qué es esto? (Vuelve la cabeza, se fija en Blond, y hace la señal convenida.)

BLOND (Aparte.) Me ha reconocido. ¡Parece imposible! (Alto.) ¿Está usted seguro.

RIVE. Creo que sí.

BLOND (Abre la puerta.) Pasen ustedes. (Entran los individuos de la delegación, todos ellos hombres del pueblo.)

RIVE. Siéntense ustedes. El señor Bourdier va a dirigirles la palabra. (Toca el resorte del gramófono.)

GRAMÓ «Ciudadano: Vuestra visita es una nueva prueba de fraternidad democrática. Leo en vuestro semblante la adhesión que sentís por mi persona y por las ideas que yo encarno. Ya sé lo que esperáis. Haré cuanto de mi dependa para complaceros y hacerme digno de vuestra confianza. Mañana como hoy me hallaréis en la brecha y oiréis elevarse contra todos los abusos el grito de mi conciencia republicana y socialista.

En Joinville encontré
a Youyou la amada.
Tiene los ojos verdes,
la frente pálida,
y la nariz es chiquita
y arremangada.
Etc. etc.»

(Admiración de los delegados. Rien e inician un movimiento de baile siguiendo el compás, Rivelot y Blond muy extrañados, les empujan hacia afuera, diciéndoles: «¡Ya está!» «¡Ya está!» mientras el gramófono continua la canción de Marta.)

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

El boudoir de Teresa Marnix. Ventana al fondo. Puertas laterales. A la derecha, en primer término, el peinador.

ESCENA PRIMERA

BOURDIER, LELORRAIN, CORMEAU, TERESA, PAQUITA, MARCELA

TER. Dispensen ustedes que haga servir el café en mi boudoir.

LELOR. Al contrario. Esa intimidad nos encanta.

PAQUI. Veo que reformas el decorado del salón. Quedará espléndido.

TER. Es a gusto del propietario. El señor Boudier se ha mostrado muy complaciente.

BOUR. Reconocí que estaba en estado lamentable. Lo hago pintar de un color indefinido. A mí me gusta todo lo indefinido. Y con mucho oro, sobre todo mucho oro.

MARCE. El oro va bien en todas partes y se ve de lejos.

BOUR. Yo prefiero lo que se ve a simple vista, que aquello que se ha de adivinar.

CORME. (Echado en una chaise-longue.) A mí, más que nada, me gusta lo que se come. Teresa, puede usted estar orgullosa del opíparo almuerzo que nos ha servido.

TER. Es usted muy indulgente.

CORME. Había para empezar un pescado arrebatador y para terminar una ensalada dislocante.

LELOR. ¡Y qué compañeras de mesa!

BOUR. (Señalando.) La comedia, la música y la danza.

CORME. Son tres, como las Musas.

TER. (Sirviendo el café.) Señor Cormeau, tres eran las Gracias. Las Musas eran nueve. Se equivoca usted de Diosas.

CORME. ¡Oh! La Mitología no es mi fuerte.

LELOR. ¿Han visitado ustedes el salón de Otoño?

TER. ¿Hay algo notable?

LELOR. Martinbeau presenta una serie de cuadros con el título de «El desnudo a través de los tiempos». Es lo más interesante de la exposición.

CORME. No lo dudo.

PAQUI. ¿Pero el desnudo no ha sido siempre el mismo?

MARCE. No conoces la historia.

PAQUI. Yo creía que el desnudo no cambiaba nunca.

MARCE. Según parece en Montmartre se ha inaugurado un restaurant danzante por el cual desfila todo el París distinguido.

LELOR. ¡Ah! Ya sé, «Las plumas de pavón». Es un lugar inmundo y escandaloso.

MARCE. Por eso va a allá la gente chic.

CORME. ¿Se come bien?

LELOR. Muy mal y a precios exorbitantes.

BOUR. ¡Oh! ¡En qué tiempos vivimos! ¡Qué desmoralización!

LELOR. ¡Qué costumbres!

TER. Estamos en una epoca de decadencia.

CORME. Todo decae, hasta la cociná francesa.

LELOR. La Hacienda anda alicaída.

BOUR. La Agricultura por el suelo.

LELOR. ¡Y el Comercio!...

CORME. No me hable usted del Comercio.

LELOR. No hay principio de autoridad, ni dirección. ¿A este paso a dónde iremos a parar? Díganme ustedes, ¿a dónde iremos a parar?

CRIADO (Entrando.) Llaman por teléfono al señor presidente del Consejo de Ministros.

LELOR. Está bien.

CRIADO O al señor Ministro de Comercio.

CORME. ¿A mí? Vaya usted, Lelorrain, estoy haciendo la digestión.

LELOR. (Levantándose.) Allá voy. Con el permiso de ustedes. (Sale seguido del criado,)

TER. Señor Cormeau, al mismo tiempo que la cartera de Comercio desempeña usted la de Correos, ¿verdad?

CORME. Sí, señora.

TER. Entonces tengo que dirigirle una reclamación.

PAQUI. Otra yo.

MARCE. Y yo otra.

TER. Me refiero al servicio telefónico.

PAQUI. Cómo yo.

MARCE. Y yo.

CORME. No me hablen ustedes del servicio telefónico.

TER. Es detestable.

CORME. Opino como usted. Sin ir más lejos, estaba yo esta mañana en casa de uno de mis compañeros y he tenido que telefonear. No he podido obtener la comunicación pedida.

TER. ¿Por qué no se ha dado usted a conocer?

CORME. Así lo he hecho. He dicho a la telefonista: «soy el Ministro de Correos». A lo que ella ha contestado: «Ya no hacemos caso. Todo el mundo dice lo mismo».

PAQUI. Es verdad. Ayer empleé yo ese subterfugio.

CORME. ¿Dijo usted que era el ministro?

PAQUI. No señor: No me hubiera atrevido. Dije: «Soy la esposa del Ministro de Correos».

CORME. Estoy soltero. El matrimonio está reñido con mis convicciones. Soy un republicano del cuarenta y ocho.

BOUR. Es el año de su nacimiento.

PAQUI. ¿Saben ustedes lo que me contestó la telefonista? «Ni que fuese un sultán. Tiene a la cuenta muchas mujeres. Hágase usted pa-

sar por prima, que la artimaña ya no cuaja». (Entra Lelorrain.)

CORME. ¿Nada de particular?

LELOR. No lo creo. Me anuncian que me han mandado del Protocolo un pliego urgente. (A Teresa.) Me he tomado la libertad de decir que me lo traigan aquí inmediatamente. ¿Me dispensa usted?

TER. No faltaba más. Pongo a su disposición el comedor. Allí nadie entrará.

CORME. Puede estar contento nuestro Presidente, va a disponer del comedor, nada menos que del comedor.

LELOR. Elegante como el resto de la casa. Y este boudoir no le anda en zaga, pues es de un gusto exquisito.

CORME. Con el dinero que ha empleado usted, Teresa, en alhajar su casa, ¡qué mayoría se puede obtener en política!

BOUR. Supongo, señor Presidente, que el motivo porque han llamado a usted debe estar en relación con nuestro huésped el Rey de Sistria.

LELOR. Probablemente.

BOUR. En cuanto a mí, empieza ya a cansarme la estancia en París de aquel monarca. La prensa reseña a diario sus menores movimientos y sus frases más insignificantes, las calles están intransitables, invadidas a todas horas por una multitud compacta que espera pacientemente el paso del Rey. Por todas partes estandartes y oriflamas. En fin, él lo absorbe todo. Los parisienses son republicanos convencidos, pero cuando ven un monarca con su boato, pierden los estribos.

LELOR. ¿Le ha visto usted?

BOUR. No.

LELOR. ¿Cómo? ¿No estuvo anoche en la función de gala?

BOUR. No. No. Confieso que no me hubiera disgustado conocerle, pero más aun en la in-

timidad; en la comida diplomática o en la cacería del Marqués de Chamarande. Pero no he recibido invitación ni para lo uno, ni para lo otro.

LELOR. ¿Pero su vecino el Marqués no ha invitado a usted?

BOUR. No señor. El Rey saldrá de París sin que yo le haya visto.

CORME. Como buen socialista que es usted supongo que no lo sentirá.

TER. (Ofreciendo cigarros.) Señores, ¿un cigarro?

LELOR. Con mucho gusto.

BOUR. (Tomando uno.) Muchas gracias.

LELOR. (Encendiendo el suyo.) Se los recomiendo a usted, Cormeau.

CORME. (Tomando varios.) Gracias, señora, ya ve usted les hago honor. (Guarda varios en su bolsillo y enciende uno.)

BOUR. No creo que el Marqués pueda ofrecerlos mejores al Rey de Sistria.

CORME. Después de una buena comida, nada hay como un excelente habano.

BOUR. (Mirando por la ventana.) ¡Vaya un tiempo que tenemos hoy!

PAQUI. Lluvia y viento.

MARCE. Viento y lluvia.

BOUR. Es de esperar que cambiará de cariz antes del domingo.

CORME. ¿Por qué el domingo?

BOUR. Para no aguar la cacería del Rey.

LELOR. (Aparte.) ¡Vuelta con el Rey! Es una manía. Les detesta pero anda tras ellos.

PAQUI. (Levantándose.) ¡Oh! ¡Las tres! Teresa, te dejamos.

MARCE. Es la hora del ensayo.

LELOR. Señoritas, he tenido una verdadera satisfacción en conocer a ustedes.

CORME. Y yo celebro la compañía y el menú conque nos ha obsequiado la señora de la casa. ¡Oh! ¡Aquel pescado arrebatador y aquella ensalada dislocante!...

PAQUI. Buenas tardes.

MARCE. Hasta la vista. (Salen Paquita y Marcela acompañadas de Teresa.)

ESCENA II

CORMEAU, BOURDIER, LELORRAIN

LELOR. No comprendo cómo no me han traído aún el pliego del Protocolo. Tengo prisa. A las tres y media debo estar lejos de aquí.

BOUR. Si va usted a la Cámara, le acompaño.

LELOR. ¿Por qué va usted hoy a la Cámara? No hay sesión.

BOUR. Ya lo sé, pero a las tres y media se reune la comisión del presupuesto de Justicia, de la cual formo parte.

LELOR. No vale la pena de que se moleste usted. Cuantos menos sean más pronto se pondrán de acuerdo.

BOUR. Por lo demás, me viene algo cuesta arriba la consabida reunión: he citado aquí para las cinco a mi arquitecto a fin de estudiar sobre el terreno la reforma de la escalera de este hotel. Cómo que hace un tiempo tan malo, aquí me quedo hasta la citada hora.

ESCENA III

Los mismos, TERESA

TER. (Entrando con un pliego.) Señor Presidente, aquí tiene usted el pliego que esperaba.

LELOR. (Tomándolo.) Muchas gracias, señora. En efecto. «Dirección del Protocolo». ¿Me permite usted?

TER. Está usted en su casa.

LELOR. (Abre el pliego y lee en silencio.) ¡Vaya!... ¡Vaya!... (Da el papel a Cormeau.) Cormeau, lea usted.

CORME. (Después de haber leído.) ¡Ah!... (Devuelve el papel a Lelorrain.)

BOUR. ¿No se trata de ningún asunto grave, verdad?

LELOR. No. No. Me avisan que el Rey hará esta tarde a las cuatro una visita íntima al Presidente del Senado.

CORME. Al mismísimo Presidente del Senado.

TER. Esperan contestación.

LELOR. No hay respuesta. Ya puede marcharse el que ha traido el pliego (Sale Teresa.)

CORME. (Bajo a Lelorrain.) ¿Cómo sacamos a Bourdier de esta casa? Ya sabe usted que ha dicho que espera para las cinco la llegada del arquitecto.

LELOR. (Bajo a Cormeau.) Y a las cuatro... (Alto.) Amigo Bourdier... (Consultando su reloj.) Son las tres y cuarto.

CORME. (Consultando el suyo.) Mejor dicho, las tres y veinte.

LELOR. A las tres y media se reune la comisión de la cual forma usted parte.

BOUR. Sí.

CORME. A las tres y media en punto.

BOUR. Como no pienso ir, me tiene sin cuidado.

LELOR. ¿Por qué no va usted?

BOUR. Usted acaba de aconsejarme que no vaya.

LELOR. Sí. Es verdad. He dado a usted ese consejo... (Aparte.) ¿Qué voy a decirle? (Alto.) Se lo he dado a usted para que no lo siguiese. Muchas veces los consejos se dan para que no se sigan.

CORME. Bourdier, es indispensable que asista usted hoy a la reunión.

BOUR. ¿Con un tiempo semejante?

LELOR. Precisamente por eso. De otro modo dirán de usted que el viento y la lluvia le han acobardado. Un buen socialista nada ha de temer.

CORME. Por ahí se cojerá la prensa de oposición para atacarnos. No titubee usted.

LELOR. Ustedes los diputados socialistas han de dar ejemplo de celo y puntualidad.

BOUR. Empleando tales argumentos no tengo más remedio que seguir sus consejos. Iré a la reunión.

CORME. Pero en seguida.

BOUR. Me marcho.

LELOR. (Apretándole la mano.) Gracias, Bourdier, no esperaba menos de su conciencia democrática. (A Teresa.) Señora, con el permiso de usted, nos retiramos.

TER. ¿Tan pronto?

LELOR. Agradeciendo profundamente los momentos deliciosos que su amabilidad nos ha proporcionado. Momentos tanto más de agradecer porque no se encuentran con frecuencia en la existencia monótona de los hombres de Estado acostumbrados a las rigideces de la etiqueta.

CORME. Señora, yo soy un ministro en extremo disciplinado, me adhiero por completo a las palabras de mi presidente. Sólo añadiré de mi cosecha: hasta que usted mande.

TER. Señor ministro, espero que me dispensará usted el honor de aceptar una segunda invitación.

CORME. ¿Qué día?

LELOR. Vamos, Cormeau, se indisciplina usted. La señora Marnix ya le enviará un aviso.

BOUR. Yo también me marcho, no sin felicitar a usted. ¡Qué distinción! ¡Qué tacto! Tenía el propósito de pedir a usted hospitalidad hasta que viniese el arquitecto, pero imposiciones de la política me obligan a cambiar de idea. Volveré a las cinco.

TER. Perfectamente.

BOUR. Pues hasta luego.

LELOR. Señora, a los pies de usted.

CORME. Señora... (Salen Bourdier, Lelorrain y Cormeau.)

ESCENA IV

TERESA, ANGELA

ANGE. (Entrando.) Señora, está aquí el peluquero.
TER. Pues haga entrar a Marcelo.
ANGE. No es Marcelo, sino uno de sus dependientes.
TER. Lo siento. Marcelo conoce mis gustos y me peina con mucho cuidado. Pero, en fin, que pase.
ANGE. (En el dintel de la puerta.) Entre usted... No le veo... ¿En dónde estará... ¡Ah! Allí, hablando con el criado. Venga, venga usted.

ESCENA V

Las mismas, BLOND

BLOND (Entra vestido de peluquero, pero mal vestido; peluca rizada, americana de dril y anda a saltitos.) Señora, mi principal no ha podido venir...
TER. ¿Por qué?
BLOND Es testigo en un lance de honor. Dos compañeros nuestros están en estos momentos cruzando las espadas. Me ha encargado que presente a los pies de la señora sus más humildes disculpas. Cumplo gustoso el encargo y a sus pies las pongo. Ya están.
TER. Bien, bien... como que el peinado que me han hecho esta mañana no está del todo mal, puede usted conservarlo, corrigiendo tan sólo lo que esté deshecho.
BLOND ¿Conservar lo que ha hecho otro? ¿Dejar las líneas generales que han trazado otras manos? ¡Jamás! ¡Jamás!... Tengo el talento suficiente, la inspiración necesaria para no

deber nada a nadie. No me engalano con plumas ajenas.

TER. ¿Entonces va usted a deshacerlo todo?

BLOND Forzosamente. Así lo exige mi amor propio. Poseo el instinto del arte, el sentido de la estética y el don de la originalidad.

TER. Está bien. Haga, pues, lo que le parezca.

BLOND ¿Sorprende mi lenguaje a la señora? Pues no le sorprenda, no. Antes que peluquero de talento, he sido hombre de mundo, también de talento. ¿Irá este invierno la señora a Niza?

TER. ¿Eh?

BLOND Dispense la señora, reaparecía el hombre de mundo.

TER. (Riendo.) ¡Jesús, qué gracia!

BLOND ¿Sonríe la señora? ¿Duda acaso de que sea verdad lo que acabo de decirle?... ¡Ah! Pasemos sobre la profunda herida que ha inferido la señora a mi amor propio. Pasemos... Pasemos...

TER. (Riendo.) Eso es, pasemos.

BLOND ¿El juego ligero de mis dedos agrada a la señora? Mis movimientos flexibles se hermanan bien a la vaporosidad que imprimo a las ondas ideales del peinado?

TER. (Riendo.) Verdaderamente, tiene usted un modo de hablar que me divierte.

BLOND (A Angela.) Señorita, ¿quiere usted hacerme el favor?... No, espere usted. (Bajo a Teresa.) ¿Tiene la señora confianza, pero confianza absoluta en esa doncella?

TER. Sin duda.

BLOND ¿Desde cuándo está al servicio de la señora?

TER. Desde hace cuatro años.

BLOND ¿Es honrada, discreta, no sostiene tratos sospechosos?

TER. Respondo de ella.

BLOND Entonces no titubeo en dirigirle la palabra. Señorita, ¿quiere usted darme los alfileres color de ébano?

ANGE. Tenga usted. (Se los pone a la izquierda.)

BLOND A mi derecha, señorita, los alfileres a mi derecha, los hierros a mi izquierda, como exigen todos los grandes artistas. Mis costumbres son hijas de la inspiración y primas de la fantasía.

TER. Felicitaré a Marcelo. He conocido muchos peluqueros charlatanes, pero como usted ninguno.

BLOND El don de la palabra constituye mi mayor orgullo. En una sociedad en que el bridge y otros juegos han penetrado con tanto furor, condenando a sus individuos a la inmovilidad y al silencio, el peluquero resulta el único hablador. Pero si molesto a la señora...

TER. No. No.

BLOND Nada más natural que esta confianza perfumada que se establece entre la dama y su peluquero y que en cambio no existe nunca entre el peluquero y su propia mujer. ¿No abandonan a nuestras manos lo más hermoso, lo más arrebatador y lo más misterioso que ustedes poseen?... los cabellos guardan secretos, los cabellos sienten deseos, los cabellos poseen un alma, los cabellos saben mentir...

TER. Verdaderamente es usted gracioso. (Ríe.)

BLOND Sí, señora, los cabellos son empedernidos embusteros, los cabellos viven, los cabellos aman, los cabellos ceden, los cabellos caen... ¿Le parece bien a la señora la ondulación? ¿La encuentra suficientemente vaporosa?

TER. Sí, está bien. Es quizá demasiado original...

BLOND El artista ha de tener personalidad. Fíjese la señora en ese bucle... ¡Qué delicadeza! ¿Verdad? ¡Cuánto sentimiento hay en su trazado! El verdadero artista ha de saber por experiencia lo que es la pasión. Ha de haberla sentido para que aparezca en sus

creaciones. Yo he amado, señora, he sufrido, he gozado...

TER. ¿Pero a mí que me importa todo eso?

BLOND He sido hombre de mundo, he arrojado un caudal a los pies de una mujer, y cuando me bajé para recogerlo había ya desaparecido y... la mujer también... a propósito... Voy a contar a la señora... (Se sienta.)

TER. Dispense usted, no tengo tiempo.

BLOND Sea. Pero antes de marcharme tenga la señora la amabilidad de prestar atención, pues voy a dirigirle algunas preguntas cuyas respuestas me son completamente indispensables.

TER. Explíquese usted.

BLOND ¡Oh! Casi nada. ¿Cuáles son las disposiciones de espíritu de la señora? ¿De qué color son hoy sus pensamiento? ¿Qué proyectos acaricia para esta tarde? ¿Se queda en casa la señora? ¿Espera alguna visita?

TER. ¿Pero a qué viene ese interrogatorio? ¿Qué le puede a usted importar lo que yo haga o deje de hacer?

BLOND Si me he permitido interrogar a la señora de un modo que en el primer momento parece una impertinencia es porque deseo armonizar el peinado con el empleo que haga la señora del resto del día.

TER. Es usted sorprendente. Pues óigame: no saldré esta tarde, ni espero visitas. ¿Está usted contento?

BLOND Perfectamente. Gracias a la amabilidad de la señora ya sé todo cuanto quería saber. Estoy enterado de las condiciones personales de la servidumbre. Sé que nadie ha de venir a esta casa hasta las cinco; sé que la señora no sale. He terminado el peinado y la inspección. Estoy contento. Su Majestad ya puede venir.

TER. ¿Su Majestad?

BLOND Sí. Su majestad Juan IV, rey de Sistria.

TER. ¿El rey de Sistria?

BLOND Ha llegado la ocasión de que me despoje de esta personalidad prestada. Me la quito. Si yo he sobornado y substituído a Marcelo, el peluquero de la señora, es porque soy el alto funcionario encargado de vigilar en París la seguridad personal de Su Majestad, de precederle en todos sus pasos, de anunciar su visita. Aquí está el documento que me acredita.

TER. ¿Es cierto lo que usted dice? ¿El Rey en mi casa?

BLOND A las cuatro estará aquí.

TER. No es posible.

BLOND Voy a convencer a usted, señora. ¿No ha leído los periódicos? Esta visita está prevista en el programa de hoy. Aquí tengo el *Figaro*. Vea usted. (Se saca un periódico y lo enseña.)

TER. (Leyendo.) «A las cuatro visita íntima al presidente del Senado.» ¿Soy yo acaso el presidente del Senado?

BLOND Pues bien, señora, estas palabras constituyen la fórmula acostumbrada en el Protocolo para designar las horas que el Rey dedica a hacer alguna visita de carácter particular.

TER. ¿Y el presidente del Senado?

BLOND No se admira ni se molesta esperando inútilmente. Ya está acostumbrado. No ha recibido nunca la visita de ningún soberano, pero él lo calla.

TER. Me sorprende y me impresiona la noticia. ¿Y conqué objeto vendrá el Rey a visitarme?

BLOND Vendrá sin duda a rendir tributo de admiración a una de las actrices más geniales de Francia. Querrá agradecerla personalmente el valioso concurso que prestó usted a la función de gala de anoche...

TER. ¡Dios mío!... Me honra mucho la regia distinción. Pero estoy aturdida... ¿qué hora es?

BLOND Las cuatro menos cinco.

TER. ¡Oh! Y la casa no está preparada... Dispense usted, voy a dar algunas órdenes. Hasta la vista.

BLOND No señora. Para siempre adiós. Yo soy uno de esos seres a los cuales no se vuelve a ver más. (Sale Teresa y entra Angela.)

ESCENA VI

BLOND, ANGELA

BLOND Me marcho, señorita. He cumplido con suerte y acierto mi cometido, pero antes, para mi satisfacción personal debo decir a usted.

ANGE. (Con una sonrisa aparte.) Se me va a declarar. (Alto.) ¿Qué va usted a decirme?

BLOND Se llama usted Angela, cuenta veinte años de edad, cuatro al servicio de la señora Marnix, es usted lionesa, hija única, de carácter tímido, bebe usted el vino con agua y no sabe jugar al dómino.

ANGE. ¡Oh! ¿Cómo sabe usted todo eso?

BLOND Es un don. Adiós. (Sale vivamente.)

ANGE. Es un brujo.

ESCENA VII

TERESA, ANGELA, PEDRO

TER. (Entrando seguida de Pedro.) Pedro, ordene usted las sillas. Angela, coloque con simetría los almohadones del sofá. Además saque usted del cajón de aquel velador una fotografía del Rey y póngala encima de la chimenea, que se vea bien.

ANGE. (Sacando la fotografía. Aparte.) Es la del Rey de Inglaterra, pero será igual.

TER. Pedro, retire usted el servicio de café. (Pedro cumple la orden y sale. Se oye el timbre.) Llaman, será él (Angela sale. Teresa se queda sola muy nerviosa. Pedro entra y anuncia.)

PEDRO Su Majestad el Rey de Sistria.

ESCENA VIII

TERESA, el REY, PEDRO

REY (Entrando. Acento extranjero.) Buenas tardes.

TER. (Haciendo tres reverencias.) Señor...

REY No he querido regresar a mi tierra de Sistria sin demostraros antes la prueba de mi admiración. Perdonadme si no me expreso con facilidad. No domino vuestro idioma.

TER. ¿Cómo expresar a V. M. mi respetuoso reconocimiento por la honra que me dispensa?

REY Retirad esas palabras. Debemos hablar sin ceremonia ni etiqueta. He querido venir yo mismo a traeros las insignias en diamantes rosas de la Real Orden del Mérito Artístico, una de las más preciadas de Sistria, conque os distingo en agradecimiento al concurso que prestásteis a la función de gala de anoche.

TER. ¡Oh! Señor... ¡Qué honor! Esas insignias que Vuestra Majestad se digna otorgarme las luciré en las grandes solemnidades!

REY (Fijándose en Pedro que continúa de pie junto a la puerta.) Puedes retirarte. (Pedro hace tres reverencias y sale.)

ESCENA IX

El REY, TERESA

REY Hace ocho años que vine a París. Entonces ya tuvo ocasión de aplaudiros. Pero por San Pancracio, patrón de Sistria, afirmo que os veo transformada física y artísticamente. Estáis *terriblemente* hermosa. No sé si me expreso con exactitud.

TER. S. M. se hace comprender a la perfección.

REY Y parecéis más joven.

TER. ¡Oh! Señor, en el teatro no se envejece. Nos falta tiempo para ello.

REY ¿No habéis estado *valetudinaria* durante esos ocho años?

TER. No, Señor. Agradezco profundamente el interés que toma V. M. por mi salud.

REY Estoy muy contento de hallarme en *promiscuidad* con una artista de tan altas condiciones.

TER. Señor, pensar que en estos momentos, Europa cree a V. M. en casa del Presidente del Senado...

REY Es el pretexto de costumbre. No podéis imaginar con cuanta simpatía hablamos los Reyes del Presidente del Senado, cuando salimos de Francia. Gracias a tan alto funcionario podemos disfrutar de algunos momentos de libertad para consagrarlos a alguna visita particular o de atención sin provocar erróneas interpretaciones. La de hoy he querido dedicarla a rendir tributo de admiración a una de las artistas más extraordinarias que he conocido. ¡Oh! Yo soy entusiasta del Arte francés.

TER. Señor, estoy confundida.

REY No os confundáis. Pero decidme con franqueza: ¿no soy *insólito*? ¿No caigo en vuestra casa como un cabello en la sopa?

TER. ¿Cómo puede V. M. llegar a suponer?...

REY Pues entonces: ¡bravo!... ¡Bien!... *¡Mucho bien!*... Estoy contento, entusiasmado... Estoy de vacaciones. Olvidemos por un momento la corona que pesa sobre mi cabeza; que no hay aquí ni Rey ni artista; solo dos buenos camaradas.

TER. ¡Oh! Señor, ¡qué hermoso ejemplo de sencillez da V. M.!

REY Es efecto del ambiente que respiro. Me encanta vuestro París. ¡Qué alegría! ¡Qué bullicio! Cuando salí de aquí hace ocho años sentí tanta tristeza y me aburrí tanto en mi capital que... ¿Nó sabéis lo que hice para distraerme?

TER. Señor, no adivino.

REY Pues, me casé.

TER. ¡Oh! Dispensadme, Señor, lo había olvidado.

REY Me casé con la princesa de Moldavia Natacha, Elena, Mafalda, Augusta, Polowna, Petra, Luisa, que todos estos nombres lleva.

TER. Muy bonitos.

REY Un buen surtido. Para variar puedo llamarla cada día de la semana de distinto modo.

TER. Señor, ¿me permitirá V. M. que me informe del estado de salud de S. M. la Reina?

REY La Reina es muy sencilla, muy digna, muy piadosa, pero siempre está *valetudinaria*. Me ha dado dos hijos.

TER. Ya sé, Señor, dos niños preciosos.

REY Desgraciadamente los reyes no tenemos niños o niñas; al nacer ya son príncipes. Pero no hablemos de cosas tristes. Estuvo muy bien la función de gala de anoche.

TER. Como espectáculo resultó algo pesado; se confeccionó un programa demasiado largo y monótono.

REY Los artistas trabajaron a la perfección y la

sala ofrecía un aspecto imponente. Pero en cuanto al programa decís bien.

TER. Pretendieron entretener a V. M. y lo que lograron fué aburrirlo.

REY ¡Oh! Nada de eso.

TER. Sí, sí, V. M. no aplaudió ni una sola vez

REY No aplaudí para no despertar al Presidente de la República.

TER. En fin, espero que a pesar de esa velada, V. M. no se llevará un mal recuerdo de París.

REY La estancia en París es algo que nos deleita, nos enloquece a nosotros, pobres Reyes provincianos. Para recibir con entusiasmo a los monarcas no hay como la Francia.

TER. Mi patria es sincera. Está enamorada de V. M. Coquetea y acaba por ser infiel a su gobierno. Francia es una parisiense que entrega su corazón a los reyes.

REY A los ajenos. Pero explicadme este contrasentido: ¿por qué cada vez que ha tenido un Rey, un Rey propio, esta Francia ha acabado por darle con la puerta en las narices?

TER. Es muy natural, Señor. El Rey propio era el marido de Francia, los Reyes de otros países son los amantes.

REY En fin, aves de paso.

TER. No me hubiera atrevido a decirlo delante de V. M.

REY Aquí todo el mundo parece encantado de verme. En todas partes me aclaman. Ante tal entusiasmo uno se cree en el más monárquico de los países. Sí, sí. Me siento muy feliz.

TER. ¡Cómo un Rey!

REY No. Como un hombre del pueblo.

TER. Y sin embargo no dan a V. M. punto de reposo: revistas, recepciones, cacerías...

REY Es verdad. Ayer me llevaron a Versailles.

TER. ¿Qué impresión produjo a V. M. aquel palacio?

REY Es grande. Muy grande.

TER. ¿Y el Trianon?

REY Es pequeño. Muy pequeño. Durante esta visita sentí una gran conmiseración por vuestro pobre Presidente de la República, tan bueno y tan simpático, por verse obligado a hacer esa visita varias veces al año, sirviendo de cicerone a los Reyes de paso en París. Explica los cuadros, las estatuas sin mirarlas, posee una gran memoria. Es muy buen Presidente. Me agrada mucho.

TER. Señor, todos los franceses agradecemos mucho esos sentimientos de V. M. por nuestro Jefe de Estado.

REY Los ministros tambien me agradan mucho; son muy simpáticos, muy buenos muchachos. Están convencidos de sus méritos y se ve que piensan: «Hemos cumplido con nuestro deber que era llegar a ministro; ahora ya no tenemos nada que hacer.» Vuestro Ministro de Hacienda es particularmente simpático. Nunca he visto un hombre de más buen humor. Le he hablado de un empréstito que mi país quiere hacer en Francia, se ha entusiasmado y ha reído mucho.

TER. ¿Cómo, Señor, la hacienda de Sistria tiene necesidad de empréstitos?

REY Necesidad, precisamente, no. Pero mi Presidente del Consejo me dijo al acompañarme a la estación: «Señor, un Rey que va a Francia debe hacer un empréstito. De lo contrario V. M. se pondría en evidencia.» De todo ello resulta que la hacienda de Francia anda mal y las de los otros países se ponen en estado floreciente. Por lo tanto hago el empréstito.

TER. Séame permitido pedir a V. M. un consejo: ¿hay que suscribirse?

REY Con franqueza, no. Halaga mucho a Francia prestarnos su dinero. Así, pues, resulta que sin advertirlo, vuestro país contribuye

al sostenimiento de algunos estados de Europa. No dudo que Sistria reconocerá lo beneficiosa que ha sido para ella mi visita a Francia. Por mi parte, me iré contento porque sabré que he hecho algo provechoso.

TER. Todo lo que hace V. M. es en beneficio de su país.

REY Todo, no. Así por ejemplo, cada vez que se promulga una nueva ley, llueven los clamores de todos los ámbitos de la nación. De modo que no me queda más remedio que ordenar que se haga la vista gorda. De lo cual se deduce que en Sistria hacemos leyes para que no se cumplan. (Ríe.)

TER. ¡Oh! Señor...

REY Por lo demás mi reinado será insignificante. Hasta la hora presente poca cosa he hecho a pesar de mis buenos deseos. Pero me consuelo pensando que más tarde, cuando en las escuelas de mi país se enseñe la historia a los niños no emplearán mucho tiempo para recitar el capítulo que trate de mi persona, porque no encontrarán gran cosa en él y dirán sencillamente: «Juan IV fué un buen Rey porque se contentó con hacer célebres dos fechas únicas, la de su nacimiento y la de su muerte.» Sentirán gran simpatía por mí, porque no habrán tenido que hacer ningun esfuerzo de estudio ni de memoria para recordar mi reinado. Seré el Rey predilecto de los niños.

TER. ¡Oh! Señor, V. M. une a una gran bondad una extremada modestia.

REY La simpatía que sentís por mí os hace hablar de ese modo.

TER. Simpatía y agradecimiento. Y en prueba de ello diré a V. M. que su retrato no se aparta nunca de este boudoir. Allí está, sobre la chimenea.

REY (Se aproxima a la chimenea y toma la fotografía.) No

es mi retrato, es el del Rey de Inglaterra.

TER. (Aparte.) Angela se ha equivocado de monarca. (Alto.) ¡Oh! Perdonad, Señor. El retrato de V. M. está en mi dormitorio.

REY Agradezco la distinción.

PEDRO (Entrando.) El te está servido.

TER. Señor. ¿V. M. me dispensará el honor de aceptar una taza de te?

REY Con mucho gusto. Pasemos, pues, al comedor. (Ofrece el brazo a Teresa y salen.)

ESCENA X

BOURDIER, solo. La escena queda un momento vacía y entra despues Bourdier

BOUR. ¿Por qué hay delante de la puerta de esta casa seis guardias municipales con uniforme de gala? (Consultando su reloj.) Las cinco y cuarto y el arquitecto sin venir... Si a lo menos ėstuviese aquí mi inquilina... Pero ha salido, según me ha dicho la doncella. (Mirando por la ventana,) ¿Pero porqué hay seis guardias municipales delante de la puerta? Pues señor, no lo entiendo. (Coge un periódico, se sienta y lee.)

ESCENA XI

BOURDIER, BLOND

BLOND (Entra disfrazado de tapicero, pero mal disfrazado. Se fija en Bourdier. Aparte.) ¿Cómo es eso? Aquellos imbéciles le han dejado pasar? Felizmente yo estoy aquí y nada hay que temer. (Escucha ante la puerta por la que han salido el Rey y Teresa.) ¡Ah! Están en el comedor.

(Bourdier vuelve la cabeza y se fija en Blond.) Buenas tardes, caballero.

BOUR. Buenas tardes. ¿Qué se le ofrece a usted?

BLOND Estoy esperando a la señora Marnix. Soy el brazo derecho de su tapicero.

BOUR. Está bien.

BLOND Ya puede usted verlo.

BOUR. ¿Por qué?

BLOND Pues en mi aspecto de tapicero, por mi trabajo de tapicero, por mi barba de tapicero, por mi voz de tapicero... El señor no lo ha comprendido al dirigirme una primera ojeada. ¡Es lamentable!... Deslicémonos sobre esta nueva herida que acaba de sufrir mi amor propio. Deslicémonos... Deslicémonos...

BOUR. (Aparte.) ¡Vaya un tapicero original! (Vuelve a leer.)

BLOND (Aparte.) Por lo visto no tiene prisa para marcharse. ¿Hasta cuándo estará aquí? Hay que echarle, cueste lo que cueste. (Alto.) Permítame el señor que tome algunas medidas mientras espero la llegada de la señora Marnix, que ha salido... es decir, que no está en casa... y que no se sabe a que hora volverá...

BOUR. (Sin dejar la lectura.) Comprendo. Comprendo.

BLOND Son medidas que urgen. (Va de un lado a otro tomando medidas. Molesta a Bourdier bajo el pretexto de medir el sillón en que está sentado. Le empuja y casi le derriba. Bourdier, molestado, acaba por levantarse y se fija en el sombrero del Rey que está sobre una silla.)

BOUR. (Cogiendo el sombrero.) ¿Qué es esto.

BLOND (Corre hacia Bourdier con el metro y toma la medida del sombrero.) Un sombrero.

BOUR. ¡Un sombrero!

BLOND De copa. Y no hay duda que pertenece a un hombre.

BOUR. ¡Oh! Pero yo he de saber... (Llamando.) ¡Angela! ¡Angela!

BLOND Lo que usted hace constituye un acto de

curiosidad infantil, poco digno de un hombre del talento de usted.

BOUR. ¡Déjeme en paz! ¡Angela!... (Se dirige a la puerta por la que han salido el Rey y Teresa.) ¡Angela!... ¿Pero en dónde está la doncella?

BLOND No abra usted esa puerta.

BOUR. ¿Porqué?

BLOND No se puede pasar. Mis compañeros han invadido el comedor con escaleras, cortinas, paquetes, cordones, clavos, martillos, etc.

BOUR. ¡Que me deje usted en paz he dicho! (Abre la puerta.) ¡Ah!... ¡Oh! No ha salido. Está tomando el te con un desconocido. (Se oyen risas del Rey y de Teresa.) ¡Cuánta alegría y cuánta franqueza!... ¡Oh! Y Angela me ha dicho que su señora no estaba en casa...

BLOND Mucho contraria a usted que la señora Marnix tome el te en compañía de un caballero. Reflexione usted. Raciocine. ¿Por qué va usted a dejarse llevar por la violencia? Cualesquiera que sean los sentimientos de usted por dicha señora, no tiene derecho para promover una escena. Además, la sospecha puede ser infundada.

BOUR. Yo no quiero promover ninguna escena. Quiero sencillamente conocer a ese caballero que con tanta franqueza toma te bromeando al lado de la señora Marnix.

BLOND ¿Qué prueba todo eso? Nada. Absolutamente nada. El caballero que la acompaña puede ser su hermano, su tío, un pariente cualquiera o bien un actor que ha venido a ensayar una escena, o un autor que lee su obra. Y usted, en lugar de atender a mis sabias, evidentes e irrefutables reflexiones formula un juicio erróneo, prematuro e injusto.

BOUR. No pregunto a usted su opinión. (Bourdier quiere ir al comedor; Blond trata de detenerle, pero aquél le da un empujón y Blond cae sobre la chaise-longue. En el momento en que Bourdier llega delante de la puerta, ésta se abre y aparece Teresa.)

ESCENA XII

BOURDIER, BLOND, TERESA y después el REY

BLOND — Mucho tacto. Mucha discreción. (Bajo a Bourdier. Sale.)

BOUR. — (A Teresa.) ¿Quién es ese caballero?... ¿Su nombre?... ¡Quiero saberlo! (Entra el Rey sonriente.)

TER. — (Presentando.) S. M. el Rey de Sistria. El señor Bourdier, un buen amigo y además propietario de esta casa.

BOUR. — ¡Ah!

REY — Búenas tardes.

BOUR. — (Furioso.) ¡Señor!

TER. — ¿Sabe, Bourdier, lo que S. M. se dignaba decirme cuando ha llegado usted? Pues me manifestaba el deseo de conocerle.

BOUR. — (Con menos fuerza.) ¡Señor!...

REY — Sí. tengo mucho gusto en conoceros, querido Bourdier. ¿Qué podría hacer en vuestro honor?

BOUR. — (Con más amabilidad.) ¡Señor!...

TER. — Llevado de extremada benevolencia, Su Magestad desea dispensar a usted el alto honor de autorizarle para que le ofrezca una cacería y una gran fiesta en el castillo que usted posee en Gourville.

BOUR. — (Inclinándose amable y satisfecho.) ¡Señor!...

REY — No me déis las gracias. Dejad aparte las frases solemnes. En lugar de ir al castillo del marqués de Chamarande, iré al vuestro el domingo próximo. Tendré mucho gusta en ello. Adiós, querido Bourdier. Hasta el domingo, pues.

BOUR. — (Con gran amabilidad.) ¡Señor!... (El Rey le alarga la mano y Bourdier duda si debe besarla o estrecharla.)

REY — Estrecharla tan sólo. No se besa la mano de los Reyes en la intimidad.

TER. Señor, disculpe V. M. al amigo Bourdier, porque no está muy fuerte en cuestiones de etiqueta. Es socialista.

REY Yo también. (El Rey sale. Teresa y Bourdier se inclinan.)

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

El gran salón del castillo de Bourdier, en Gourville. En el fondo grandes tapices que ocultan el vestíbulo y la escalera de honor. Ventana a la izquierda, puertas a la derecha. En primer término, a la izquierda el sillón para el Rey, a la derecha filas de sillas para los invitados. Decoración muy lujosa, demasiado lujosa.

ESCENA PRIMERA

RIVELOT, UN REPORTER, UN FOTÓGRAFO

(Al levantarse el telón los cortinajes del fondo están plegados a ambos lados. Dos hileras de criados con peluca y calzón corto permanecen inmóviles a ambos lados del vestíbulo. El fotógrafo en primer término enfoca su máquina, Rivelot y un reporter a un lado, también inmóviles.)

FOTÓ. (Contando los segundos.) Siete, ocho, nueve, diez. Ya está. Mandaré mañana las pruebas a la Ilustración. (Los criados se dispersan.)

RIVE. Si usted quiere puede fotografiar ahora las habitaciones privadas de S. M. (Abre la puerta de la derecha. Indicando.) Este es un gabinete de trabajo de estilo Imperio que comunica con el dormitorio. Puede usted pasar. (Fotógrafo sale.)

REP. (A Rivelot.) ¿Me hará usted el favor del pro-

grama de la fiesta para publicarlo íntegramente en mi periódico?

RIVE. (Sacando un papel del bolsillo.) Tome usted; ha sido combinado por el señor Bourdier, de acuerdo con el conde Zucco, Gran Chambelán de la Corte de Sistria. El Rey, que debe comer en el Palacio de la Embajada de su país, llegará al castillo a las once de la noche. Encontrará aquí algunos personajes políticos. En seguida habrá una recepción íntima. La señorita Suzette Bourdier recitará a S. M. una salutación poética escrita *ad hoc* por una dama de la alta sociedad.

REP. (Tomando nota.) ¿Su nombre?

RIVE. Digo tan sólo que es una dama de la alta sociedad.

REP. No insisto.

RIVE. Olvidaba decir que la actriz Teresa Marnix está aquí desde esta mañana, con el único objeto de dar lecciones de dicción a la señorita Bourdier, a propósito de los versos que ha de recitar delante del monarca.

REP. (Escribiendo.) La bella y genial actriz...

RIVE. Eso de genial me parece algo exagerado.

REP. Es lo menos que un periodista puede decir de una actriz, so pena de indisponerse con ella.

RIVE. Es verdad. Mañana a las nueve tendrá lugar la cacería. Sobre ella el montero mayor dará a usted cuantos detalles desee.

REP. Muy bien. (Saluda y sale.)

ESCENA II

RIVELOT, SUZETTE, después SERNIN

SUZET. (Entrando.) Señor Rivelot, papá dice que haga usted el favor de avisar al director de la charanga.

RIVE. Está bien, señorita. (Sale y entra Sernín.)

SER. ¡Ah! ¡Suzette, está usted aquí! ¡Qué buena suerte! El cielo nos proteje. Ha permitido que nos encontrásemos solos.

SUZET. He creído prudente mirar por la ventana esperando la llegada de usted. ¿Y bien, cómo andan nuestros asuntos? ¿El papá de usted ha perdonado al mío el cambio ordenado por el Rey.

SER. ¡Oh! La escena ha sido terrible. Cuando papá recibió la carta, en la cual S. M. se escusaba de honrar con su presencia nuestra casa cambió el semblante hasta tener un color rojo escarlata y entre las diversas formas de venganza que se le han ocurrido, hay una que no deja de tener cierta gracia. Se proponía telegrafiar a Mans para encargar dos mil pollos vivos.

SUZET. ¿Con qué objeto?

SER. Para soltarlos mañana en el bosque de ustedes.

SUZET. ¡Oh!

SER. Me arrojé a sus plantas y le dije: «papá, papá, por Dios le pido que no suelte los dos mil pollos vivos de Mans.» En aquel momento llegó la invitación del señor Bourdier, y papá exclamó: «¡Ah! Cree humillarme invitándome... Pero yo le humillaré mucho más aceptando la invitación. No faltaré.»

SUZET. ¡Bravo!

SER. Me desespero al pensar que se le hubiera podido ocurrir la idea de no aceptar y entonces yo no hubiera podido ver a usted esta noche.

SUZET. Pero desde el momento en que ha aceptado...

SER. ¡Ah! Es verdad. Entonces lo que he dicho no tiene ningún valor. Absolutamente ninguno.

SUZET. Silencio. Viene papá.

ESCENA III

SERNIN, SUZETTE, BOURDIER, después RIVELOT, después CRUCHET

BOUR. (Entrando.) ¿Ya estás vestida, hijita mía?... Tu traje es precioso. ¡Ah! Buenas noches, querido Sernín. ¿Qué le parecen a usted nuestros preparativos?

SER. Muy bien. Se aproxima la hora. Voy a buscar a mis papás. Hasta luego.

BOUR. Hasta luego. (Sernín sale.) Es muy simpático tu pretendiente.

SUZET. ¿Verdad que sí?

BOUR. La señora Marnix me ha indicado que sería conveniente que ensayaráis otra vez la salutación al monarca.

SUZET. Sí. Con mucho gusto. ¿En dónde está? (Entra Rivelot seguido de Cruchet.)

BOUR. En la salita azul. (Suzette sale.)

RIVE. Señor Bourdier; aquí está el director de la charanga.

CRUCHET ¿Me ha llamado usted, señor Bourdier?

BOUR. Buenas noches, Cruchet. ¿Está usted bien enterado del programa? Se colocarán ustedes en el vestíbulo. A la llegada del Rey ejecutarán ustedes el himno de Sistria. Después el nuestro.

CRUCHET ¿Cuál? Hemos ensayado los dos.

BOUR. ¿Los dos?

CRUCHET Sí, señor. La Carmañola y la Internacional.

BOUR. ¡Ah! ¡Ya!... Pero en fin, ante el Rey me parece algo inconveniente uno y otro. Contentémonos con la Marsellesa aunque nos tachen de reaccionarios.

CRUCHET Perfectamente. (Sale).

RIVE. (Que acaba de leer una carta que le ha entregado un criado.) El presidente del Comité Electoral

pregunta si puede asistir a la fiesta con levita.

BOUR. Debe estar loco.

RIVE. Añade que no tiene frac.

BOUR. ¡Tiene la pretensión de ser un perfecto socialista y no cuenta con un frac! Que se quede en su casa.

RIVE. Sí. Pero no deja de ser una contrariedad porque si no le admitimos tratará de vengarse. ¿No sabe usted que ya se empieza a murmurar en el partido? No faltan algunos que juzgan con severidad que el Rey venga a esta casa.

BOUR. ¿Quiénes son los imbéciles que tal dicen?

RIVE. Muchos amigos y correligionarios de usted.

BOUR. Pues diga usted a esa gente que si doy una gran fiesta en mi casa en honor del Rey de Sistria es porque no tengo prejuicios. No pregunto nunca a mis invitados cuál es su oficio, ni en qué se ocupan.

RIVE. No les convencerá usted.

BOUR. ¿Qué hay de pecaminoso en que yo invite a un monarca? Los Reyes son necesarios a los pueblos. Si no hubiese Reyes no habría revoluciones, y sin revoluciones no habría república.

RIVE. Sin república no habría socialistas...

BOUR. Y si no hubiese socialistas yo sería conservador. ¿Ve usted a dónde vamos a parar?

RIVE. Muy lejos. ¡Ah! Olvidaba decir a usted que acaba de llegar el pelotón de bomberos. ¿Pueden aguardar en el jardín, mientras tanto?

BOUR. Sí. Y cuando se distribuyan por la casa vigile usted que no fumen. Cuando vinieron el catorce de Julio, pegaron fuego y se largaron. Voy a hablar con el capitán. (Va a salir. Retrocede.) ¡Ah! Me olvidaba. ¿Ha mandado usted preparar el automóvil de la señora Marnix?

RIVE. No, señor. Creí que tenía que asistir a la fiesta.

BOUR. ¡Ah! No, no. Regresa a París antes de que llegue el Rey. Procure usted, Rivelot, que se marche cuanto antes.

RIVE. Está bien. (Sale Bourdier. Entra Marta. Rivelot la saluda y sale.)

ESCENA IV

MARTA, después TERESA, después BOURDIER

MART. (Entra seguida de una doncella que le sostiene la cola.) Déjela usted en el suelo con mucho cuidado, como si fuese un biscuit glacé. Ahora vaya usted a decir a la señora Marnix que deseo hablar con ella. (La doncella sale. Marta se pasea majestuosamente contoneándose para ver el efecto de su lujoso traje.) Parece que arrastre un cochecillo. Pensar que he cosido tantas y tantas de estas vestimentas en otros tiempos... Más divertido era confeccionarlas que llevarlas. Acabaré por caerme. ¡Bendita cola! (Se le enreda la cola y varias veces está a punto de caer.)

TER. (Entrando.) ¿Deseaba usted verme, señora?

MAR. Sí, quisiera conocer la opinión de usted sobre mi traje. ¿Lo sé llevar? ¿Es bastante lujoso?

TER. Está usted elegantísima.

MAR. ¿De veras?

TER. El vestido es irreprochable y usted lo lleva con naturalidad y distinción.

MAR. Pero he de decir a usted que estoy como sobre una canasta de huevos. No puedo moverme y además la idea de lo que ha de venir. me excita los nervios. Figúrese usted: la presentación al monarca, la recepción, todo ese mundo oficial... Yo he de hacer los honores; en fin, no estoy acostumbrada a ello y temo cometer...

TER. ¿Una plancha? ¡Oh! ¡Qué idea!

MAR. ¡Ah! Si no fuese más que una...
TER. Tranquilícese... Ya verá usted... El Rey es muy sencillo, muy campechano. Cuando le dirija la palabra, él mismo le facilitará la contestación.
MAR. Menos mal si deja el cetro en la guardarropía. Pero no importa. Estoy asustada. Por de pronto, las reverencias... Son tres, ¿verdad?
TER. Sí, tres.
MAR. ¿Pero de qué manera?
TER. Fíjese usted. Es muy sencillo: se ha de imprimir flexibilidad a las rodillas y dignidad al busto. (Hace una reverencia.)
MAR. Ya comprendo. Tres volatines. (Prueba de imitar a Teresa.)
TER. Doble la rodilla. Eso es. El cuerpo hacia atrás y la cabeza hacia adelante.
MAR. En fin... Ya lo veo. Cómo si estuviese dislocada. (A la tercera reverencia se enreda con la cola, por poco cae y lanza un grito.) Y a la tercera, una se rompe la cabeza.
TER. Pero no. Ha sido a causa de la cola. No falta a usted dignidad en el gesto.
MAR. Pero sí naturalidad. Y ahora, dígame usted, una vez franqueado el paso intrincado de la presentación, ¿qué actitud debo adoptar?
TER. Ante todo no se debe nunca interrogar al Rey. Hay que mirarse en su espejo. Hacer lo que él haga, levantarse cuando él se levante, sentarse cuando él se siente.
MAR. ¿Y sonarse cuando él se suene?
TER. No. Los Reyes no se suenan nunca.
MAR. ¿Qué reglas debo observar para hablar con él?
TER. Hay que evitar los asuntos políticos, la diplomacia, las cuestiones de Estado, la literatura, las mujeres...
MAR. ¿Entonces qué queda? ¿La botánica?
TER. Pero no. Queda la cortesía. Es decir, todas aquellas frases que no significan nada.

MAR. Dígame usted alguna como muestra.

TER. Pues bien: después que haya sido usted presentada al monarca, podrá decirle poco más o menos: «Señor, la presencia de Vuestra Majestad constituye para esta casa, una honra imperecedera. Cuando dentro de algunos días Vuestra Majestad haya regresado a Estefanópolis, la hermosa capital de su reino, el recuerdo de Vuestra Majestad quedará grabado en el corazón de los que habéis honrado dignándoos aceptar por un dia la modesta hospitalidad que os ofrecieron.»

MAR. ¿Y nada más?

TER. Ya ve usted, señora, que es caso fácil.

MAR. Lo será para usted. ¡Ah! ¡Qué envidia la tengo!

TER. ¿Por qué?

MAR. Porque úna distinción, unas maneras como las de usted, no se compran.

TER. ¿Desea usted algo más?

MAR. No.

TER. Entonces solo me resta despedirme de usted, porque ha llegado el momento de mi regreso a París.

MAR. ¿Cómo es eso? ¿No se queda usted para asistir a la recepción?

TER. No.

MAR. Pero yo no quiero que se marche.

TER. Lo siento mucho.

MAR. Se marchará usted mañana. Por lo demás, tengo la seguridad de que me será aún necesaria la presencia de usted. (Entra Bourdier.)

ESCENA V

Las mismas y BOURDIER

MAR. Aquí viene mi marido. Oye, Emilio, ¿verdad que sentirías mucho que la señara Marnix no asistiese a la recepción?

BOUR. Sí. Pero...

MAR. Ya ve usted, amiga mía, mi marido no quiere que se marche y yo tampoco. Por lo tanto, usted se queda. Nada. Nada. Sin chistar. Además, el Rey estará muy contento en conocer a una artista tan famosa.

BOUR. ¡Oh!...

MAR. (A Bourdier.) ¿No es verdad, Emilio?

BOUR. Sin duda... Efectivamente...

MAR. Mi marido tendrá una gran satisfacción en presentar usted a Su Majestad.

BOUR. (Furioso.) Efectivamente... Sin duda....

TER. Insiste usted con tanta amabilidad, señor Bourdier, que sería una falta de atención negarse a ello. Entonces, con el permiso de ustedes, voy a quitarme el sombrero y el guarda polvo. (Sale.)

BOUR. Has estado inconveniente, muy inconveniente. (Entra Suzette.)

ESCENA VI

BOURDIER, MARTA, SUZETTE

SUZE. Ya empiezan a llegar los invitados. Los primeros coches han franqueado la verja.

MAR. ¡Dios mío! ¡Ya están aquí!

SUZE. Son las diez. Los que vienen con tanta anticipación son casi siempre gente cursi, que no conocen las costumbres aristocráticas.

MAR. ¿En dónde nos colocamos?

BOUR. Junto al vestíbulo. Aquí. Procura estar correcta, digna, sobre todo no gesticules y habla lo menos posible.

MAR. Déjame en paz con tus reconvenciones.

BOUR Fijáos bien en lo que voy a deciros: procurad que la amabilidad conque acojáis a los invitados esté en armonía con las condiciones sociales de los mismos.

SUZE. ¿Y la igualdad, papá, que tanto pregonas?

BOUR. La igualdad no se ha hecho para estas ceremonias.

SUZE. ¿Pero cómo sabremos?...

BOUR. Muy sencillo. Graduaremos nuestros cumplidos de uno hasta veinte. A medida que lleguen los invitados, diré un número que os servirá de base.

SUZE. No comprendo.

BOUR. Fíjate: uno, quiere decir que debemos saludar seca y fríamente: «buenas noches.» Y veinte, con extremada amabilidad: (Hace una gran reverencia.) «Muy buenas noches». (Descórrense los grandes cartinajes del fondo, descubriendo el vestíbulo y la gran escalera profusamente iluminados. Dos hileras de criados con peluca y calzón corto se colocan a ambos lados del vestíbulo. Un Ujier con frac, calzón corto y una cadena de plata en el cuello, anuncia a los invitados)

ESCENA VII

Los mismos; los Invitados

UJIER El señor Pingot, diputado provincial y señora.

BOUR. (Bajo a Marta y a Suzette.) Tres.

B. M. Y S. Buenas noches.

SRA. PIN. ¡Oh! Querida amiga...

UJIER El señor Inspector de la Riqueza Forestal de esta región y los señores Subinspectores.

BOUR. (Bajo.) Cuatro.

B. M. Y S. Buenas noches.

INS. Agradecemos a usted mucho la honra que nos ha dispensado.

UJIER Los señores Marqueses de Chamarande, el señor Conde Sernín de Chamarande.

SUZE. (Bajo y con expansión.) ¡Ciento cuarenta y dos!

BOUR. (Precipitándose al encuentro de los Marqueses con gran amabilidad.) Marquesa, a los pies de usted. Marqués, cuanto honor...

MARQUESA Señora, señorita...

MAR. ¡Oh! Marquesa, ¡qué buena idea ha tenido usted prescindiendo de pasadas triquiñuelas!

MARQUESA No hablemos de eso.

MAR. Así me gusta. Verdaderamente no es usted rencorosa.

BOUR. Mi querido Marqués, no sé como expresar a usted la satisfacción que siento al ver que asiste usted y su amable familia a esta fiesta.

MARQ. Pues yo me alegro mucho de encontrar a usted aquí y ver que, como yo, figura entre el número de los invitados.

BOUR. ¡Cómo!... ¡Yo estoy en mi casa!

MARQ. De ningún modo.

BOUR. ¿Eh? ¿Qué dice usted?

MARQ. No ignora usted, señor Bourdier, que cuando un soberano acepta la hospitalidad que le ofrecen, está en su casa. Por lo tanto usted está en casa del Rey, yo estoy en casa del Rey. Me alegro mucho de encontrar a usted en ella. Me sorprende algo, pero no por esto me alegro menos.

BOUR. (Aparte.) Es admirable la lógica de este hombre. Siempre encuentra el modo de decirme una insolencia sin faltar a la corrección.

MARQ. Veo que se propone usted recibir al monarca con gran boato y ostentación.

BOUR. No podía ser de otra manera.

MARQ. ¡Bravo!, señor Bourdier. Si estuviésemos en el siglo diez y siete, podría llamar a usted «el burgués ennoblecido», emulando a cierto héroe del teatro de aquella época; pero hoy, y a principios del siglo veinte, el calificativo que le cuadra es el de «burgués socialista». Ambos nombres son iguales en el fondo, el epíteto cambia, el carácter, no: ambiciosos, opulentos, vanidosos y persi-

guiendo un solo objeto sin reparar en los medios: el de penetrar en el gran mundo. El burgués ennoblecido de otros tiempos cortejaba a la nobleza, el burgués socialista de hoy corteja al pueblo. Los dos cortejan al poder.

BOUR. Marqués, ese modo de hablar...

MARQ. ¿De qué se queja? Como que no cuenta usted con antepasados, yo se los busco. No tengo la culpa si en mis investigaciones sólo los he encontrado en el teatro.

BOUR. Gracias, Marqués, pero todo lo que acaba de decirme, a mi vez me hace pensar en los antepasados de usted.

MARQ. ¿En los míos?

BOUR. Sí. Usted no simpatiza conmigo, porque soy socialista, y sin embargo viene a mi casa. Es usted antisemita, pero no falta a una cacería del conde Isaac, ni a una comida del barón Moisés. Usted es nacionalista y sin embargo sus allegados se casan con las multimillonarias norteamericanas. Cuanto más reflexiono más convencido estoy de que los antepasados de usted, si pudiesen contemplarle, es cosa segura que no podrían reprimir una mueca de contrariedad y de protesta.

MARQ. (Altanero). Bourdier, deje usted en paz a mis antepasados. (Cambiando de tono.) Pero en el fondo hay algo de verdad en los sarcasmos de usted, porque, dejando aparte nuestras convicciones tan opuestas, somos en realidad dos hombres de bien, pero el mal está en que vivimos en una época en extremo desvergonzada. Venga esa mano, querido Bourdier.

BOUR. Ahí va, querido Marqués.

MARQ. Y no lo dude usted, somos una pareja de títeres inconscientes que se mueven según el cordón del cual les tiran.

UJIER El General en Jefe del séptimo cuerpo de

Ejército, y señora. Los señores ayudantes de campo del General.

BOUR. (Bajo a Marta y a Suzette.) Diez y seis.

B. M. Y S. Buenas noches.

LA GENE. Señora, señorita, ¿cómo están ustedes?

BOUR. ¡Oh! Mi General, me considero muy honrado.

GENER. Señor Bourdier, tengo una verdadera satisfacción.

BOUR. General, soy un entusiasta del ejército, pero un entusiasta apasionado, de tal modo que el día más desgraciado de mi vida fué aquel en que me sortearon y no me tocó ir al servicio.

GENER. ¡Bravo! Esas pruebas de militarismo me conmueven, y mucho más saliendo de los labios de un socialista.

UJIER. El Presidente del Comité electoral de este distrito.

BOUR. (Bajo.) Cero. ¡Oh! ¡Qué ensalada! (Entra el Presidente vestido de levita. Bourdier, sin saludarle, le empuja y le oculta en un rincón detrás de los grupos.)

UJIER El señor Prefecto y señora. El señor Subprefecto.

BOUR. (Bajo.) Ocho y medio.

B. M. Y S. Buenas noches.

PREFEC. Señor Bourdier, ¡qué honor, el Rey en casa de usted!

BOUR. Sí. Albergo al Soberano en mi casa. ¡Qué victoria para el proletariado!

SUBPREF. ¡Qué espléndida fiesta!

MARTA ¿Verdad? Iba yo a decir lo mismo.

SUZET. Yo también.

UJIER Los señores senadores y diputados por este distrito.

BOUR. (Bajo.) Doce para el lote. (Alto.) Mi querido senador... Querido colega...

UJIER El señor Presidente del Consejo de Ministros, el señor Ministro de Negocios Extranjeros, el señor Ministro de Comercio y de Correos.

SUZET. (Bajo.) Los ministros, papá. ¿Cuántos?

BOUR. (Bajo.) *Ad libitum*. (Entran Lelorrain, Cabrier y Cormeau. Bourdier y Marta les acogen con gran amabilidad.) Señor Presidente, señor Cabrier, señor Cormeau. ¿Cómo están ustedes?

LELOR. Señora, a los pies de usted.

MARTA Buenas noches, señor Presidente.

LELOR. Llegamos con bastante anticipación. Mi automóvil nos ha traído con una marcha vertiginosa.

CORME. A una velocidad constante de cien kilómetros, y eso que está prohibido. A mí me gusta correr siempre así.

LELOR. Señora, permítame que en nombre del Gobierno agradezca a usted tan espléndida fiesta y la amable acogida que nos dispensan a nosotros. Si todos los republicanos fuesen como ustedes ya no habría oposición.

MARTA ¡Oh! Señor Presidente...

CORME. ¿En dónde está el bufete?

BOUR. Suzette, acompaña al señor Cormeau al bufete.

SUZET. Con mucho gusto. Señor Cormeau por aquí. (Salen Cormeau y Suzette.)

UJIER El señor Conde de Zucco, Gran Chambelan, Consejero íntimo, pàrticular y privado de Su Majestad Juan IV, Rey de Sistria. (Entra Blond disfrazado de viejo diplomático, pero mal disfrazado.)

BOUR. ¡Ah! Conde, bienvenido.

BLOND (A Marta.) Permita usted, señora, a un anciano diplomático, cuyos cabellos se han blanqueado con el pólvo de las cancillerías, que bese a usted su linda mano.

MARTA (Alargándole la mano.) ¡Oh! Bese usted, anciano diplomático, bese cuanto guste.

BLOND Precedo a Su Majestad.

BOUR. Todo está preparado para recibirle.

BLOND ¿No hay ningún cambio en el programa?

BOUR. Ninguno. Se han tomado todas las precauciones. Me consta que en este mismo salón hay un policía especial, disfrazado, enviado

por la Prefectura. Creo que la precaución es inútil. Me gustaría saber quién es.

BLOND ¿Quiere usted conocerle? Confíe en mí, pues en un abrir y cerrar de ojos le habré descubierto. (Mirando a su alrededor.) ¡Magnífico palacio! ¡Espléndido salón! ¡Brillantes uniformes! Felizmente el partido de usted, señor Boudier, no ha suprimido el ejército.

BOUR. ¡Ah! Tal vez con el tiempo lo suprimiremos, pero conservaremos los uniformes. (Se aproximan Lelorrain y Gabrier. Presentando.) El señor Lelorrain, Presidente del Consejo de Ministros, el señor Gabrier, Ministro de Negocios Extranjeros. El Conde de Zucco Gran Chambelan de S. M. (Saludos.)

LELOR. ¿No es usted señor Chambelan quién representó la Sistria en el Congreso de la Paz de La Haya?

BLOND Sí, señor. Pasé allí seis meses. La verdad del caso es que nunca he visto un congreso que a pesar de estar formado con representantes de todos los países resultase más aburrido que aquel. Ninguna distracción, ni un mal teatro, no había nada que rompiese la monotonía de las sesiones. Al acabar el congreso, solo se oía una exclamación: «La guerra, mil veces la guerra es preferible a pasar una semana más aburriéndonos como hasta ahora.»

LELOR. Debía ser atroz.

BLOND Voy a dar a usted un detalle. (En este momento Rivelot, que acaba de entrar, hace a Blond el signo convenido. Aparte.) ¿Otra vez? ¡Oh! Eso es ya demasiado.

BOUB. Se aproxima el automóvil del Rey.

LELOR. ¡Ah! (Movimiento general. Todo el mundo procura colocarse en buen lugar.)

GABRIER ¿Tiene usted el discurso preparado?

LELOR. Sí. (Entra Carmeau. Blond se fija en él.)

BLOND (Aparte.) ¡Oh! ¡Oh! (Se aproxima a Carmeau. Aparte.) No hay duda ese es el policía mandado por la Prefectura. No hay más que verle: frac

ancho, conjunto desaseado, barba enmarañada que parece postiza... (Alto.) Oye, ven acá.

CORME. ¿Eh? (Aparte.) ¡Qué franqueza!

BLOND Otra vez te vestirás mejor. El pertenecer a la policía no te autoriza para presentarte con ese frac tan mal cortado y esas barbas sin peinar.

CORME. ¿Quiere usted explicarme?...

BLOND Silencio. No se asiste a una ceremonia como esta con todas las trazas de un cesante. (Se aleja)

CORME. (Aparte.) Debe estar loco. (Se oye el himno de Sistria y luego la Marsellesa. Se abren las grandes puertas del fondo del vestíbulo. Aparecen los lacayos abriendo paso.)

UJIER Su Majestad el Rey. (Aparece el Rey por la puerta del fondo, atraviesa el vestíbulo y entra en el salón. Espectación. Reverencias. El Rey saluda sonriente.)

ESCENA VIII

Los mismos, EL REY

BOUR. (Que se ha dirigido a su encuentro.) Señor...

REY Buenas noches. ¿Cómo estáis desde la última vez que nós vimos? Presentadme vuestra familia.

BOUR. (Presentando.) Señor, mi esposa. (Marta hace tres reverencias con falta de naturalidad.)

REY ¿Estáis bien de salud, señora?

MAR. Señor, me defiendo... (Toses generales.)

REY Querido Bourdier, es muy simpática vuestra esposa.

MAR. (Aparte.) Llegó el momento de espetarle mi discurso. ¡Quiera Dios que no se me haya olvidado! (Alto. Toma el aliento.) «Señor: la presencia de V. M. en esta casa, constituye para V. M. una dicha imperecedera. (Toses generales. Aparte,) ¿Qué les pasa? (Alto.) Cuando

V. M. haya regresado a la capital de su reino, la hermosa ciudad de... de... de... (Todos los que están más próximos le apuntan: Estefanópolis, pero ella no no lo oye y toma de pronto una resolución extrema.) Señor, no tengo necesidad de decir el nombre de la capital a V. M. porque lo sabe mejor que yo. En fin, cuando habrá regresado allá Vuestra Majestad, el recuerdo de la noche de hoy quedará grabado en su corazón. Se acabó. (Hace una reverencia.)

REY — No os emocionéis, digna señora, yo también soy muy tímido. No me agradan las ceremonias.

MAR. — (Palmoteando.) ¡Oh! En tal caso...

REY — Os felicito, Bourdier, vuestra esposa es muy sencilla.

MAR. — (Aparte.) Es simpático ese Rey.

BOUR. — (Presentando a Zuzette.) Señor, permítame V. M. que le presente mi hija única, de mi primer matrimonio.

SUZET. — Señor...

REY — ¿Soltera?

SUZET. — Sí. Señor.

REY — Os envidio. ¡Feliz situación!

SUZET. — ¡Oh! Señor, deseo que no se prolongue.

REY — Os felicito una vez más, querido Bourdier, vuestra hija es cándida e ingenua cual conviene a una joven de su edad.

SUZET. — Señor... (Hace una reverencia y se aleja)

REY — (A Lelorrain, que se aproxima.) Aquí viene el Presidente del Consejo. Señor Presidente estoy encantado, esencialmente encantado.

LELOR. — Señor, con la venia de V. M. (Saca un papel del bolsillo. Se inclina, tose y adopta un aire grave. Todo el mundo presta atención.) «Señor: no puedo resistir al deseo espontáneo de expresar a V. M. los sentimientos sinceros que nos animan. La visita que V. M. se digna hacer a este castillo no puede menos que estrechar los lazos que unen a Sistria y a Francia, a Francia y a Sistria. El eco de la sim-

patía con que se os recibe resonará en ambos países: en Francia como en Sistria, en Sistria como en Francia.» (La música ejecuta el himno de Sistria.)

REY (Tomando un papel de manos de Blond.) «Señor Presidente del Consejo de Ministros: no puedo resistir al deseo espontáneo de expresaros los sentimientos sinceros que me oniman. Mi visita a este castillo no puede menos que estrechar los lazos que unen a Sistria y a Francia, a Francia y a Sistria. El eco de la simpatía con que se me ha recibido resonará en ambos países: en Francia como en Sistria, en Sistria como en Francia. (La música ejecuta la Marsellesa. Sensación. Bravos. Aclamaciones. El Rey estrecha la mano a varios personajes: Boudier, los Ministros, el General, etc.)

SUZET. (Al Marqués que está a su lado.) Pero los dos han dicho lo mismo.

MARQ. Así lo ordena el protocolo.

REY Señor Lelorrain, mañana recibiréis las insignias de la orden de San Esteban.

LELOR. Señor...

BLOND (Bajo a Lelorrain.) Tendrá usted que pagar ciento ochenta y cinco francos para los gastos de cancillería.

REY ¡Ah! Querido Marqués... Espero que no me guardaréis rencor.

MARQ. ¡Oh! Señor, me hago cargo de que las imposiciones de la política han obligado a Vuestra Majestad a cambiar sus proyectos.

REY Lo he sentido mucho porque conservo un piadoso recuerdo de vuestro llorado padre, embajador que fué de Francia en mi país. Cuando yo era un hermoso bebé le encontraba en los jardines de palacio, jugaba conmigo y se entretenía en modelar figuritas, castillos y pasteles de barro, pero su especialidad eran los pasteles. Fué un hombre superior. ¿Me disculpáis, pues, por este cambio de itinerario?

MARQ. El recuerdo que Vuestra Majestad acaba de evocar, sólo deja lugar en mi corazón para el agradecimiento.

BOUR. Señor, mi hija pide la venia de Vuestra Majestad para recitaros unos versos de bienvenida.

REY Escucho. Puede empezar. Sentémonos. (El Rey se sienta en el sillón que le está destinado. Todo el mundo se sienta. El Rey se levanta para colocarse bien el sable y se vuelve a sentar. Todo el mundo le imita. Suzette se adelanta.)

SUZ. (Tose. Toma aliento.) «Señor:

Os envía el corazón
Lleno de éxtasis profundo
Estos versos que obra son
De una dama del gran mundo.
Cuando en placentero día
Llegó la nueva anhelada
De que aquí se albergaría
Una testa coronada,
Dijimos con santo amor
Y con acento conciso:
Nos encontramos, Señor,
En un amplio paraíso.

REY (Levantándose. Todo el mundo le imita.) Tanto mejor. ¡Bravo! .. ¡Bravo!... ¡Bravo!...

TODOS ¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Bravo!...

SUZ. (Tímidamente.) Señor, me veo en la precisión de advertir a Vuestra Majestad, que lo que acabo de recitar es sólo el preámbulo de la salutación.

REY Sentémonos. (Se sienta. Todo el mundo le imita.)

SUZ. Rompe el ave las cuerdas de su lira
A fuerza de cantar las alabanzas
Del gran Rey que del fondo de la Sistria
A la margen del Sena se traslada.
El níveo cisne de rizada pluma
Surca orgulloso las verduzcas aguas
Y el aguila caudal hiende el espacio
Y al llegar a la nube, altiva grazna.

Entre tanto en el fondo de la selva,
La pintada perdiz tiende sus alas,
La liebre corre, el cervatillo trisca,
Salta el conejo y las alondras cantan.
Y todos en un súbito entusiasmo
Con expansiva voz ellos declaran
Que morirán mañana muy gustosos
Si sucumben al plomo del monarca.
¿Qué más diré, Señor? Las cacatuas
Que en los jardines sin cesar divagan
Y que corren y vuelan orgullosas
Por disponer del don de la palabra,
Cuando mañana aparecer os vean
Alta la frente, fiera la mirada
Y armado hasta los dientes, todas ellas
Gritarán: ¡Viva el Rey! amilanadas.
Y ese grito entusiasta y prepotente
Resonará en el llano y en la montaña.

REY (Se levanta. Todos le imitan.) ¡Oh! ¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Bravo!...

TODOS ¡Oh! ¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Bravo!...

SUZ. (Tímidamentee.) Señor, me veo en la precisión de advertir a Vuestra Majestad que aun falta una corta dedicatoria.

REY (Algo contrariado.) Pues sentémonos. (Se sienta. Todos le imitan.)

SUZ.

Vos, Señor, que sois la esencia
De la virtud que venero,
Acoged con indulgencia
Este homenaje sincero.
Proceden del corazon
Y de un afecto profundo
Estos versos que obra son
De una dama del gran mundo.
(Se inclina.)

REY ¿Habéis terminado?

SUZ. Sí, Señor.

REY (Aplaudiendo.) ¡Oh! ¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Bravo!...

TODOS ¡Oh! ¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Bravo!... (El Rey se levanta. Todos hacen lo mismo.)

REY Querido Bourdier, ratifico mi primera impresión: tenéis una hija por todos conceptos encantadora. Señorita, habéis recitado esa bella poesía en una forma *terriblemente* literaria.

SUZ. Vuestra Majestad es muy indulgente.

BLOND (Aproximándose seguida de Teresa.) ¿Desea conocer Vuestra Majestad a la famosa artista que ha enseñado a la señorita Bourdier el modo de recitar esos versos?

REY ¡Oh! Sí. Sí. Presentádmela. Tendré mucho gusto en conocerla.

BLOND (Presentando a Teresa.) La señorita Teresa Marnix, una de las mejores actrices de Francia.

REY (Aparte, reconociendo a Teresa.) ¡Oh! (Alto.) Estoy emocionado, señorita. Me alegro de conoceros. Por San Pancracio, patrón de Sistria, que experimento una verdadera satisfacción.

TER. (Después de haber hecho tres reverencias.) Señor, mi gratitud es grande, pues no me creía digna de verme tan cerca de Vuestra Majestad. (Pausa embarazosa.)

REY Mucho me agradaría que emprendiéseis una *tournée* por mis estados. La literatura teatral de Sistria es muy pobre; en sus obras faltan situaciones imprevistas.

TER. (Con intención.) Señor, y tantas como se presentan en la vida. (Se separan.)

GAB. (Aproximándose al Rey.) Señor, ¿Vuestra Majestad me dispensará el honor de presentarle a uno de los más altos dignatarios del Estado?

REY Con mucho gusto.

GAB. (Presentando a un anciano.) El Presidente del Senado.

REY (Lanzando una carcajada.) ¡Ah!... ¿Sois vos el Presidente del Senado?

PRE. Señor...

REY ¿De modo, qué sois el Presidente del Senado?

PRE. Sí, Señor.

REY Pues celebro la ocasión que se me ha presentado de conoceros.

PRE. (Alejándose, a Lelorrain.) El caso es curioso. Siempre que me presentan a un monarca, éste se echa a reir.

REY (A Marta.) Señora, me *congratulo* por esta velada, que es al mismo tiempo grandiosa, alegre y venerable. Dispensadme si no me expreso con claridad. No domino vuestro idioma.

MAR. ¡Oh! Señor, Vuestra Majestad se expresa perfectamente.

REY No. Me cuesta en gran modo hallar las palabras apropiadas para expresar mi admiración, mi aturdimiento, mi alegría, mi satisfacción personal...

MAR. ¡Oh! Señor, cerrad el grifo.

LELO., BOURDIER (Y todos los que han podido oir, por estar próximos, la frase final de Marta. Escandalizados.) ¡Oh!... ¡Oh!...

REY Señores, no hay que olvidar que mañana cazaremos muy temprano. Por lo tanto, creo debemos dar como finida esta deliciosa velada.

BOUR. Señor, ¿me permitirá Vuestra Majestad que pregunte a qué hora desea empezar la cacería?

REY A las nueve. Señoras, buenas noches. Caballeros, hasta mañana. (Reverencias. Bourdier, sosteniendo con la mano derecha un gran candelabro, precede al Rey, acompañándole hasta sus habitaciones. La música ejecuta el himno de Sistria.)

BLOND (Al Rey, cuando éste va a salir.) Señor, ¿no tiene Vuestra Majestad ninguna orden especial que darme.

REY Ninguna. (Salen el Rey y Blond precedidos de Bourdier. Los invitados se retiran.)

ESCENA IX

MARTA, CORMEAU, LELORRAIN, GABRIER y un Criado

COR. (A Lelorrain.) Todo ha ido bien. Sólo queda ese dichoso tratado de comercio. Por lo que veo, el Rey no se decide a firmarlo. Cada vez que le hablo del asunto, cambia de conversación.

LELOR. Mañana le hablaré yo.

COR. Es preciso a toda costa que lo firme.

GAB. Asi lo exige el interés de Francia. (Entra Bourdier.)

COR. Sí, pero ahora vayamos a acostarnos. (Aprieta la mano a Bourdier.)

LELOR. (Despidiéndose de Bourdier.) Hasta mañana, querido Bourdier.

GAB. Buenas noches.

BOUR. Buenas noches. (Salen Lelorrain, Cormeau y Gabrier. A Marta.) ¿Y tú no te acuestas?

MAR. Aun no. Con todo este trajín no he tenido tiempo de cenar. Voy a tomar un tente en pie.

BOUR. Llama y que te sirvan. Yo me retiro a descansar. (Sale,)

MAR. (Que ha apretado el botón del timbre. A un criado que entra.) Tráigame usted algo del bufet.

CRIADO Es el caso, señora, que no queda nada.

MAR. ¿Cómo es eso?

CRIADO Absolutamente nada. Cuando los hombres políticos pasan por algún sitio no dejan rastro.

MAR. ¡Que bien los conoce usted!

CRIADO ¡Oh! Señora, es el caso que yo he sido funcionario político.

MAR. ¡Ah! Pero, en fin, busque usted algo, tráigame cualquier cosa. Con poco tengo bastante. Pero pronto. (Criado sale. Marta se dirige a la ventana de la derecha, la abre y contempla el paisaje.)

ESCENA X

MARTA, el REY

(El Rey sale de sus habitaciones, sin fijarse en Marta y sin que ésta le vea.)

REY (Aparte.) Salgamos a tomar un poco el aire antes de acostarnos. (Abre la petaca y retira un cigarrillo. Se fija en Marta.) ¡Ah!

MAR. (Fijándose en el Rey. Aparte.) ¡Ah! Le creía ya roncando. (Pausa. Se quedan cortados sin saber qué decír.)

REY Señora, soy yo.

MAR. Señor, soy yo. . ¡Vaya un encuentro inesperado.

REY Sí. Decís bien. ¿No os sentís fatigada, señora?

MAR. No, señor.

REY Yo he salido de mi habitación porque hay fuego en ella.

MAR. ¡Ah! ¡Dios mío! Pidamos auxilio.

REY No. No. Quiero decir que hay fuego en la chimenea de mi dormitorio. Como que hace allí un calor insoportable, he querido salir a tomar un poco el aire antes de acostarme.

MAR. Señor. V. M. está en su casa y puede hacer todo lo que le plazca. (Enciende un fósforo.) ¿Me permite V. M. que le ofrezca fuego?

REY (Aproximándose a Marta con el cigarro en la boca.) Muchas gracias. (En lugar de encender el cigarro, quédanse ambos mirándose y sonriendo, hasta que acabándose el fósforo, Marta se quema y lo echa al suelo lanzando un grito.)

MAR. Me he quemado.

REY Y por mi culpa. ¡Ah! Absolvedme, señora. Os pido la absolución.

MAR. Os absuelvo, señor.

REY ¿Duele todavía?

MAR. Un poco.

REY No quiero molestaros por más tiempo. Buenas noches.

MAR. Señor... (Hace una reverencia.)

REY Suprimid. Suprimid. A estas horas las reverencias están descansando. Buenas noches, amable señora. (Se dirige a su habitación en el momento en que entra un criado con una mesita sobre la cual hay platos, botellas, etc.) ¿Qué es eso?

MAR. Una ligera cena.

CRIADO. (Dejando la mesita y ordenando lo que hay en ella.) Señora, aquí está lo único que he podido encontrar: un poco de pollo y de jamón, una botella de champagne y otra de Burdeos.

MAR. Está bien. (El criado sale.)

REY (Volviendo al proscenio.) ¿Vais a cenar?

MAR. No, señor, voy a comer.

REY ¿Cómo es eso?

MAR. ¡Oh! Señor... la llegada de V. M., la emoción, los mil detalles que he tenido que vigilar, en fin, todo ese berengenal, no me ha dejado tiempo para comer. Desde la mañana no he probado nada.

REY ¡Oh! ¿Hasta qué punto mi presencia os ha molestado?

MAR. ¡Oh! Señor, ¿queréis callar?... ¡Qué tontería! ¡Oh! No. No quiero decir eso. V. M. no dice nunca tonterías... En fin, he ayunado con gran satisfacción. La presencia de V. M. en esta su casa me proporciona una alegría inmensa.

REY Suprimid. Suprimid. Las frases de cumplido a estas horas duermen tambien. Sentáos sin temblar y comed sin emoción.

MAR. (Sentándose.) ¡Oh! V. M. es muy amable.

REY Y vos, señora, sois *enormemente* simpática. Me complazco en constatarlo. (Coje una silla y se sienta al lado de Marta.) Atacad esos modestos manjares.

MAR. ¡Oh! No será largo. (Desdobla la servilleta y empieza a comer molestada por las miradas del Rey.)

REY Por San Pancracio, patrón de Sistria, que se me despierta el apetito.

MAR. ¿De veras?

REY Palabra de Rey. He comido en la embajada de Sistria. En honor mío, me han servido la comida típica de mi país y la verdad del caso es que a mí no me va la tal cocina.

MAR. Eso me recuerda que no he preguntado a V. M. que es lo que acostumbra tomar como desayuno.

REY ¡Oh! Poca cosa: unas tajadas de roats beef, un pastel de perdiz o de capón y una botella de wisky.

MAR. (Asombrada.) ¿Y nada más?

REY Un poco de queso, frutas del tiempo, pastas y café con leche. (Suspirando.) ¡Oh! No dispongo del apetito de mi augusto abuelo.

MAR. ¡Ah!

REY Era un gigante. Durante la guerra contra los turcos apostó con su Presidente del Consejo que a la hora del almuerzo se comería un jabalí entero.

MAR. ¡Pues no estaba inapetente S. M. el Rey Augusto!

REY Mi augusto abuelo no se llamaba Augusto.

MAR. ¡Ah! Dispensadme, señor.

REY Y ahora, amable castellana...

MAR. V. M. sufre un error, soy parisiense.

REY (Riendo.) Lo sé. Si me permitís os oyudaré a liquidar el contenido de esos platos.

MAR. Será un gran honor para mí.

REY Vamos al reparto. Tenemos dos platos.

MAR. Una copa grande y otra pequeña.

REY Yo me quedo con la grande, os doy la pequeña y os sirvo. (Se levanta, destapa la botella de champagne y sirve a Marta.)

MAR. ¡Oh! Señor, cuanta amabilidad...

REY Suprimid. Suprimid. Es la primera vez que sirvo... que sirvo para algo. Es para mí

una sensación esencialmente inolvidable y nueva.

MAR. Señor, ¿qué dirían ahora las naciones de Europa si nos vieran comer juntos, uno frente a otro, y en especial vuestros colegas?

REY ¿Mis colegas?

MAR. Sí, los otros soberanos.

REY Probablemente me tendrían envidia.

MAR. Sois un buen muchacho. ¡Oh! Dispensadme, señor. Quiero decir que V. M. es de trato muy sencillo. Verdaderamente no me figuraba yo así a los reyes.

REY ¿Y cómo os los figurabais?

MAR. Pues yo os veía en mi imaginación arrastrando un manto de armiño, en la diestra un cetro de oro y en vez de sombrero la corona cuajada de brillantes. Pero ¡oh, desilusión! No arrastráis el manto, no empuñáis el cetro, ni os encasquetáis la corona.

REY Es verdad. No me enorgullezco de ser Rey, pero sí de ser vuestro amigo.

MAR. ¡Oh!... ¡V. M. amigo mío!

REY Sí. Un amigo respetuoso y abnegado. Vuestro buen amigo Juan.

MAR. ¡Oh! ¡Mi buen amigo Juan! Veis, señor, ese rasgo de sencillez es hermoso, muy hermoso.

REY ¿Os gusta mi nombre?

MAR. Mucho. Es corto, sonoro. Permitidme una pregunta: ¿Los reyes no tienen nombre de familia?

REY Sí. Le tenemos.

MAR. Pero nadie lo sabe. Sólo se os conoce por el de pila seguido de una cifra.

REY Me encanta vuestra ingenuidad. Y decidme; ¿cuál es vuestro nombre?

MAR. Me llamo Marta y tambien Youyou.

REY Me gusta mucho Youyou. Me deleita. Es natural, porque ese nombre os sienta a maravilla. ¡Oh! Sois una verdadera Youyou. Al daros este nombre familiar me

parece que hace tiempo que nos conocemos.

MAR. En efecto. Hace tiempo que nos conocemos.

REY ¿De veras? ¿Y cómo es ello?... A ver si recuerdo...

MAR. ¡Oh! V. M. no dará en el clavo.

REY Explicadme, pues.

MAR. No me atrevo.

REY Tomad. (Le llena la copa de champagne.) Esto os dará ánimo.

MAR. Gracias. (Bebe.) V. M. vino a París hace ocho años...

REY Sí.

MAR. Cierto día pasó V. M. por la calle de la Paz con su escolta y su séquito. De todas partes os cubrían de flores.

REY Sí. Sí.

MAR. ¿Recuerda V. M. si entre tantas flores no recibió en pleno ojo un pastel de ojaldre?

REY Sí. Lo recuerdo. Segun dijeron lo arrojó una linda modistilla desde la ventana de su taller. Me conmovió aquel arranque de entusiasmo, pero me dolió el efecto de la buena puntería.

MAR. Pues sabed, señor, que aquella modistilla soy yo.

REY ¿Es posible?

MAR. Lo que oís.

REY ¿Vos?

MAR. Disculpad a Youyou, señor. Obedecí a un movimiento de entusiasmo, de emoción, de respeto. Os mandé lo único que tenía a mano, mi postre. ¿No gustan a V. M. los pasteles de hojaldre?

REY Sí. Pero no en el ojo.

MAR. ¿Dolió mucho a V. M?

REY Bastante.

MAR. ¿Cuál fué de los dos?

REY (Señalando el derecho.) Este.

MAR. (Se levanta para ver el ojo.) A ver... ¡Pobre ojo! (Su mirada se encuentra con la del Rey que le mira

fijamente. Ella vuelve la vista turbada y se fija en que amanece. Se aproxima a la ventana de la izquierda y la abre de par en par.) Ya amanece.

REY Sí. La aurora nos promete un hermoso día.

MAR. ¡Cuánta calma! ¡Cuánta poesía! Los pajaritos cantan. En el campo todas las mañanas se asemejan unas a otras.

REY Así parece. (Se oye el canto de los pájaros.

MAR. Oid la alondra.

REY Y el ruiseñor. Todos cantan sus amores.

MAR. ¡Qué bien gorjean! Se conoce que estas horas en que nadie les oye cantan solamente para ellos.

REY Pues entonces hemos pasado la noche charlando...

MAR. Sí, señor, pero no debemos decirlo. ¡El mundo es tan malo!...

REY ¡Bah! La maledicencia duerme en estos momentos.

MAR. No despierta hasta que despiertan los hombres. Pero esto no tardará en llegar. Debemos despedirnos.

REY Aun no. ¡Es tan hermosa la naturaleza en estos instantes!... ¡Qué hermoso sería un paseo matinal por el parque, vos y yo, como dos buenos amigos!... Youyou y Juan.

MAR. Juan y Youyou.

REY He visto un gran lago con una barquichuela. Yo remaré y vos contemplaréis recostada a un lado el cielo azul...

MAR. O como se reflejan en el agua color de esmeralda el castillo y los árboles al revés.

REY Esto me hará olvidar que soy Rey; pasaré unos momentos de libertad sin etiqueta y sin el peso de miradas indiscretas.

MAR. Y a mí me recordará los domingos de mis tiempos de modistilla. Veremos salir el sol...

REY Vamos allá, Youyou, no hay tiempo que perder. ¡Oh! ¡Qué hermosa es la Francia! (Salen.)

TELÓN



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

BLOND, RIVELOT

BLOND (Entrando en traje de caza y hablando desde el dintel de la puerta.) Son las siete de la mañana y dentro de media hora los ojeadores han de estar cada uno en su puesto. (Se dirige hacia el proscenio. Entra Rivelot. Aparte.) Aquí viene Rivelot. Supongo que ahora no me reconocerá. (Rivelot se aproxima a Blond, le mira y va a hacer la señal convenida cuando Blond le coge por el brazo y le dice bruscamente.) Caballero, tenga usted la bondad de prestarme quinientos francos.

RIVE. De ningún modo, porque no tengo el honor de conocer a usted. (Sale.)

BLOND Al fin gané la apuesta.

ESCENA II

BLOND, LELORRAIN, después CORMEAU y GABRIER. Todos visten trajes de caza.

LELOR. (Entrando.) Conde, muy buenos días. ¿Se ha dormido bien?

BLOND Supongo que sí.

CORME. (Entrando seguido de Gabrier.) Buenos días, señores.

BLOND Buenos días.

CORME. Traigo el tratado de comercio. (Deja una cartera sobre el velador.) Si yo fracaso, se encargará usted de las negociaciones, Lelorrain. Y ahora, con franqueza, ¿qué les parece a ustedes mi indumentaria cinegética? ¿Me sienta bien? ¿Falta algún detalle?

GAB. Muy bien. Se parece usted a Guillermo Tell.

CORME. ¿Quién es ese Guillermo Tel? ¿Algún cazador amigo de usted? (Entra Bourdier.)

ESCENA III

Los mismos, BOURDIER

BOUR. (Aparte.) ¡Tampoco está aquí! ¿Por dónde andará mi mujer? No se ha acostado. Es raro. Muy raro. (Alto.) Señores, muy buenos días. ¡Qué madrugadores! (Dando la mano a todos.) Mi querido Presidente... Amigos míos... Conde, venía precisamente para saber como está S. M. y si ha pasado buena noche.

BLOND Es de suponer que sí.

BOUR. Esperando la hora en que ha de dar comienzo la cacería, iremos, si ustedes quieren, a dar una vuelta por el parque.

LELOR. Con mucho gusto.

GAB. Perfectamente.

CORME. Eso es. (Todos se dirigen a la puerta del fondo.)

BOUR. Pasen ustedes. (Al abrir la puerta.) ¡Oh!...

LELOR. ¿Qué le pasa a usted?

BOUR. ¡Oh! ¡Mi mujer!... (Todos miran hacia afuera.) ¡Mi mujer con el Rey! ¡Y a esta hora matinal!... ¿De dónde vendrán?... Mis sospe-

chas se confirman... (Intenta salir, pero todos le detienen y le conducen al proscenio.)

BLOND No se impresione usted, señor Bourdier. Todo eso no tiene ninguna importancia. Está admitido por el protocolo.

BOUR. ¡Oh! Eso no puede quedar así

LELOR. Cálmese usted, amigo mío.

BOUR. ¿Creen ustedes que yo puedo ver con tranquilidad como el Rey y mi mujer se pasean amigablemente en hora tan temprana?

BLOND Hágase cargo de que no ha visto nada.

CORME. Tenga usted filosofía, amigo mío.

GAB. No se fije en esas pequeñeces.

BLOND Vamos a ver: ¿qué tiene de particular que el Soberano dé un paseo matinal por los jardines del castillo, acompañado de la esposa de usted? ¿Qué significa en resumen?

BOUR. Pues significa mucho malo y nada bueno.

CORME. Tiene razón Bourdier.

BLOND Pues no la tiene. S. M. llegó anoche muy tarde y esta mañana ha mostrado deseos de conocer los jardines que rodean este castillo y es muy natural que la señora de Bourdier le haga los honores. (Risas más o menos disimuladas de todos.)

BOUR. Pues yo no se ver tal naturalidad.

LELOR. Sea usted razonable.

BOUR. La mujer de un diputado socialista no sólo ha de ser honesta, sino que ha de parecerlo.

CORME. Muy bien dicho.

LELOR. Cormeau, no avive usted el fuego.

CORME. Los que estamos aquí presentes somos los únicos que hemos visto el regio idilio y ya puede usted suponer, Bourdier, que no lo propalaremos. (Lanza una carcajada.)

GAB. Por razones de Estado.

LELOR. En la vida política se han de presenciar los acontecimientos con la mayor sangre fría.

BOUR. ¡Ah! Pero no éstos, porque atañen a mi honor.

LELOR. Es una insensatez considerar ese pequeño incidente bajo el punto de vista personal.

BOUR. Por lo demás, señores, esta discusión es completamente inútil. Espero aquí al Rey y por muy rey que sea le trataré como se merece, de hombre a hombre.

CORME. ¡Bravo! Tiene usted muchísima razón.

BOUR. ¿Lo oyen ustedes? Cormeau, me da la razón.

LELOR. ¿Pero, Cormeau, qué dice usted?

CORME. Lo que pienso.

LELOR. Está usted de buen humor. De seguro que si se encontrara en el caso de Bourdier, no tomaría la cosa tan a pecho.

CORME. Felizmente no me hallo en su lugar. Usted opinará como bien le parezca, pero yo creo que el Rey se ha portado con sobrada ligereza abusando de la hospitalidad y dando pábulo a malévolas murmuraciones, comprometiendo la reputación de una dama.

LELOR. ¡Basta, Cormeau, basta!

CORME. (Con mayor calor.) No me callo, no, sostengo mi opinión. Yo no soy hipócrita. La conducta del Rey es inadmisible, es inconveniente. Bourdier, me tiene usted a su lado. (Le aprieta la mano.)

BOUR. Gracias, Cormeau, es usted un buen amigo.

LELOR. La actitud de usted, Cormeau, me sorprende y me apena. Señores, desde este momento el ministerio deja de ser homogéneo.

CORME. No me importa. Muy indignado, me rebelo contra todos estos servilismos dignos del antiguo régimen e impropios de un gobierno que se titula socialista radical. Lelorrain, usted como Presidente, puede hacer lo que le plazca y yo tambien, incluso presentar mi dimisión.

GAB. No llegará usted a ese extremo.

LELOR. ¡Ca! No hay que hacerle caso. Cuando se

tiene una buena breva no se desprende uno de ella por una causa fútil.

CORME. (Exaltándose por momentos.) ¡Fútil, dice usted, cuando se trata de una cuestión de honor y se pone en duda mi sinceridad! Estoy cansado de tanto embuste, de tanto favoritismo. Soy un republicano puro, sin aleaciones, soy un antiguo demócrata del cuarenta y ocho.

BOUR. Cálmese, Cormeau.

CORME. Me han hecho transformar mi indumentaria, obligándome a asistir a todas estas ceremonias carnavalescas, vestido de gomoso, de snob, de hombre chic, prodigando sonrisas y reverencias. Todo esto está reñido con mis convicciones. Una valla nos separa, Lelorrain.

LELOR. Cormeau, es usted insoportable. No podemos admitir por más tiempo este modo de hablar.

CORME. No acepta usted mis palabras porque son sinceras.

LELOR. Cuando se es sincero hasta ese extremo no se acepta una cartera.

CORME. Pues presento a usted mi dimisión con carácter irrevocable.

LELOR. ¡Ca! No lo creo.

CORME. ¿No? Sepa usted que no admito lecciones de nadie.

LELOR. ¡Ah! Si lo toma usted por ese lado, la acepto.

CORME. ¡Ca! No lo creo.

LELOR. ¿No? Sepa usted que yo tampoco admito lecciones de nadie.

CORME. ¡Ah! ¿De modo que la acepta usted?

LELOR. Es natural. No vamos aquí a jugar al escondite.

CORME. Está bien. Tal vez algun día se arrepentirá usted. ¡Nos veremos! (Coge la cartera y la abre.) Ahí queda eso. Mi cartera con el famoso tratado de comercio, que no se firmará nunca. ¿Lo oye usted? ¡Nunca!... Y ya ten-

drá ocasión de enterarse de la campaña que voy a iniciar contra usted. Me marcho a París y consultaré enseguida a mis buenos amigos. Formaremos un grupo disidente.

LELOR. Desde el momento en que deje usted de ser ministro, le volverán la espalda esos buenos amigos.

CORME. (Saliendo en el paroxismo de la exaltación). Nadie se burla de mí. Soy republicano íntegro, un demócrata del cuarenta y ocho.

LELOR. Ya lo sabemos. El cuarenta y ocho es el año en que nació usted. (A Bourdier, después de haber salido Cormeau). Bourdier, se ha lucido usted. Gracias a ese arranque de celos infundados y absurdos que no interesan a nadie, ni a la República ni a Francia, gracias a esa actitud pueril e incomprensible de usted, nos vemos amenazados de un escándalo diplomático, y lo que es peor, nos hallamos en crisis ministerial. En fin, se trata de un caso único y sin precedentes. Un asunto particular sin importancia que puede traer graves consecuencias.

GAB. ¿Qué hacemos?

BOUR. Crea usted, Lelorrain, que lamento lo que sucede. Pero mi resolución es irrevocable. He resuelto divorciarme sin callar el motivo que invoco. Y, como que no he de volver sobre el acuerdo que acabo de adoptar, voy inmediatamente a escribir a mi abogado. ¡Inmediatamente!

GAB. ¡Ah! ¿Está usted loco?

LELOR. De remate.

BOUR. (Aparte). Hay que saber aprovechar las ocasiones para sacar de ellas algún provecho.

ESCENA IV

Los mismos, TERESA

TER. (Entrando). Dispensen, señores, si molesto.
LELOR. De ningún modo.
TER. Me tacharán ustedes tal vez de indiscreta por inmiscuirme en un asunto político, pero acabo de encontrar a Cormeau en un estado tal de excitación que no ha podido ocultarme nada de lo que acaba de suceder. (A Bourdier). Señor Bourdier, me tiene usted a su lado.
BOUR. Gracias, gracias. Voy a escribir la carta.
LELOR. Hable usted a Bourdier, procure convencerle. «En donde todos los hombres han fracasado, sólo la mujer puede triunfar», dijo Talleyrand.
GAB. Acuda usted en nuestro auxilio.
TER. Señores, mucho les agradezco la distinción que me dispensan, pero he de confesar que comprendo el disgusto de Bourdier.
LELOR. ¿Por qué?
TER. Usted, señor Lelorrain, raciocina como hombre público, mientras que Bourdier raciocina como hombre privado. Las conveniencias de Estado las sobrepone usted a las de la familia y Bourdier las de la familia las sobrepone a las de Estado. Es muy diferente. ¡Ah! Si él fuese ministro haría como ustedes, consideraría los hechos bajo un punto de vista más elevado y más amplio. En tal caso, formando parte del Gobierno se vería obligado a guardar ciertas consideraciones al Soberano huésped de Francia.
LELOR. ¿Qué quiere usted que conteste?
TER. De ese desgraciado asunto ha nacido esta disparidad de opiniones que ha provocado la dimisión de Cormeau y que puede arrastrarles además a un escándalo diplomático.
GAB. Bourdier ha mostrado una susceptibilidad

exagerada y admitido ciertas sospechas infundadas y hasta tal vez ridículas.

TER. ¿A quién piensa usted elegir para substituir a Cormeau? ¡Oh! Pero dispénseme si me mezclo en ciertos asuntos que no me atañen.

LELOR. No. Había pensado en nombrar a Loherie.

TER. ¿Loherie?

LELOR. Es un consecuente socialista.

TER. No lo dudo, pero carece de posición.

LELOR. Es verdad. Continúe usted. No titubee en darnos su opinión.

TER. En fin, ya que usted me lo pide, me lanzo: me parece que para desempeñar la cartera vacante necesitaría usted un hombre de talento disponiendo por su situación de valiosas influencias y contando con grandes bienes de fortuna. Además, aunque parezca un detalle sin importancia, teniendo en cuenta que casi todos los miembros del actual gabinete son célibes, sería conveniente completar el ministerio con un hombre casado, cuya mujer fuese hermosa y elegante y que cuando llegase el caso supiese recibir y hacer los honores con gracia y distinción. Además, ya sabe usted que una de las mayores dificultades con que tropezará el nuevo ministro será la que se refiere a la firma del tratado de comercio con Sistria. Para lograrlo será conveniente que el elegido sea a los ojos del Rey lo que ustedes suelen llamar...

LELOR. Persona grata.

TER. Precisamente. Tal es, señores, la humilde opinión de una mujer que nada sabe de de política, ni nada espera de ella.

LELOR. Gracias, usted me muestra el camino.

BOUR. (Entrando con una carta en la mano). Acabo de escribir a mi abogado, una lumbrera del foro, que por añadidura no ha simpatizado nunca con las testas coronadas.

LELOR. (Aproximándose a Bourdier). Querido Bourdier,

las graves circunstancias porque atraviesa el ministerio, han sido causa de que me fijara en las grandes cualidades que reune usted y medir la importancia de los buenos servicios que usted puede prestar a nuestro país. En virtud de ello, tengo el honor, en nombre del Jefe del Estado y como Presidente del Consejo de Ministros de ofrecer a usted la cartera de Comercio y de Correos y Telégrafos.

BOUR. (Estupefacto). ¿Cómo?... ¿Yo?...

LELOR. Usted. Y ahora es el amigo quien habla: reciba usted mis más entusiastas felicitaciones. (Le estrecha la mano).

GAB. Uno las mías. (Le estrecha la mano).

BOUR. (Emocionado). ¡Yo ministro!...

TER. (Estrechándole la mano). Amigo mío, comparto su satisfacción

BOUR. Estoy aturdido. Todos estos acontecimientos tan rápidos e inesperados que no tienen ninguna relación entre sí...

LELOR. ¡Oh! Ninguna, ninguna. ¿Acepta usted? ¿Podemos contar con usted?

BOUR. (Radiante). Pues bien... Acepto.

LELOR. Por lo tanto, los propósitos que ha manifestado usted antes...

BOUR. ¡Oh! Antes era antes, ahora es ahora.

GAB. Muy bien.

BOUR. El nuevo cargo hace de mí otro hombre.

GAB. Un hombre que no se fija en ciertas nimiedades.

BOUR. Es cierto. Ahora mis deberes son otros.

LELOR. En política los deberes cambian a cada momento.

BOUR. Es verdad.

TER. Entonces, señor Bourdier, esa carta que ha escrito usted para cierto abogado, resulta ahora completamente inútil.

BOUR. Completamente. (La resga).

LELOR. ¡Al fin!

TER. Amigo mío, suplico a usted que me reser-

ve el honor de ser yo quien anuncie la fausta nueva a su esposa.

BOUR. Con mucho gusto.

GAB. Y, ahora, señores, sólo me resta despedirme de ustedes. Regreso en seguida a París, pues tengo ensayo esta tarde.

LELOR. Buenos días y hasta pronto. (Váse Teresa).

GAB. Gracias al valer de usted, Bourdier, no ha costado gran trabajo resolver la crisis. Lelorrain siempre me decía lo mismo: la primera vacante que haya en el ministerio será para Bourdier.

LELOR. ¡Oh! Sí, sí.

BOUR. Me confunden ustedes.

LELOR. Aquí está mi querido colega, su cartera. (Le indica la cartera de Cormeau que está sobre la mesa). Contiene el tratado de comercio, sólo falta la firma del Rey. Hay que valerse de de todos los medios para obtenerla.

BOUR. Déjelo usted por mi cuenta. Confíe en mí.

LELOR. Confiamos, querido Bourdier.

GAB. Sí. Confiamos en que usted proporcionará al Gobierno uno de sus mayores triunfos.

ESCENA V

BOURDIER, LELORRAIN, GABRIER, SUZETTE

SUZ. (Entrando). ¡Oh! Papá, ¿es cierto lo que acaban de decirme?

BOUR. Sí, hija, soy ministro. Ya ves que cambio.

LELOR. ¿Está usted contenta, señorita?

SUZ. ¡Oh! Sí. Porque ahora mi padre ha logrado su anhelo y como que estará libre de preocupaciones, podré ocuparse algo de mí. (Abraza a su padre).

BOUR. Y me parece que las negociaciones sobre tu boda las podré hacer colocado en mejor terreno.

LELOR. Tenga usted la seguridad, señorita, de que su boda es ahora cosa segura.

SUZ. ¿Usted cree?

LELCR. Ya verá cómo no me equivoco. (Bajo a Bourdier,) Al Marqués no le disgustará tener influencia en el Ministerio. (Alto.) No hay tiempo que perder. Bourdier, redacte usted una nota para la agencia Havas. Y usted, Gabrier, telefonée en seguida a nuestros compañeros y a los periódicos. ¡Ah! Olvidaba, y al Elíseo. (Salen todos. Se oyen las trompas de caza. El Rey sale de sus habitaciones de la derecha vestido en traje de caza. Marta sale al mismo tiempo de la izquierda. Viste traje de caza.)

ESCENA VI

El REY, MARTA, después todos los demás personajes

REY (Saludando a Marta.) Señora, muy buenos días.

MAR. Señor...

REY Experimento una gran alegría al volver a hablaros, pero también me asalta una gran pena al pensar que mañana estaré lejos de este castillo, en donde he recibido tan amable hospitalidad.

MAR. ¡Que le queréis hacer! ¡Oh, pobre Rey! Hay que amoldarse a las exigencias del destino. Cinco céntimos de felicidad que experimentamos hoy, representan diez céntimos de pena para mañana. ¡Así es la vida!

REY ¡Oh! Mañana estaré muy triste. Recordaré sin cesar los instantes deliciosos que he pasado aquí, libre del ceremonial palatino y de las exigencias de la etiqueta que me encadenan. Mas que un Rey en vacaciones, me he hecho la ilusión de que he sido un colegial en vacaciones. ¡Cuánta nostalgia sentiré en el día de mañana!

MAR. ¿De veras, Señor? ¡Ah! Entonces no seré yo sola quien se entristecerá con el recuerdo de este sueño fugaz. El que acaricié en otros tiempos, se ha realizado.

REY ¿Cómo, señora?

MAR. La Marta del taller, la Youyou del pastel de hojaldre, cuando los domingos con su galán, en frágil barquichuela que se deslizaba a impulsos de la corriente decía para sí: ¡Ah! ¡Si algún día fuese un Rey él que remase á mi lado!

REY Y yo que siempre he sido un Rey, he pensado con tristeza al ver escenas como la que recordáis: ¡Ah! ¡Si yo pudiese hacer lo mismo!

MAR. Mi anhelo había sido verme agasajada por un Rey.

REY Y yo poder ser tratado como un plebeyo.

MAR. Los dos hemos visto realizado nuestro ensueño.

REY Al partir quisiera llevarme como recuerdo algo que ós pertenezca, algo que conserve el perfume de Youyou. Por ejemplo: ese guante (Le indica un guante que lleva sin calzar.)

MAR. (Dándoselo y sacándo el otro.) Señor, tomad el par.

REY Bien quisiera, amable señora, dejaros algo que os recordara mi estancia en este castillo. Busco y no encuentro... (Fijándose en el tratado de comercio que está sobre la mesa.) ¡Ah! Ya lo tengo.

MAR. ¿Cómo, Señor?

REY El recuerdo digno de vos. ¿Conocéis este documento?

MAR. No, Señor.

REY Es el famoso tratado de comercio que yo no quería firmar nunca porque es desastroso para mi augusto hermano político el Rey de Moldavia. Pero reportará varios centenares de millones de francos a Francia. Pues bien, gracias a Youyou lo firmo.

MAR. ¿Cómo?

REY Acercaos. (Se sienta junto a la mesa.) Aprisionad mi mano gruesa y hombruna entre la vuestra diminuta y frágil y hacedme estampar al pie del tratado mi nombre.

MAR. ¡Oh! Señor, no me atrevo.

REY Lo mando.

MAR. ¡Ah!...

REY Dictadme las letras, una por una y acompañad mi mano.

MAR. Obedezco. (Diciendo las letras.) J.....u ...a....n. ¿Ahora hay que añadir vuestra cifra?

REY No. Sin cifra. (Le da el papel.) Aceptadlo como un regalo, que si llegara a ser conocido haría que vuestro nombre figurase en la historia.

MAR. ¡Oh! Señor..... No encuentro palabras para expresar a V. M. mi profundo agradecimiento. (Entra Bourdier seguido de los demás invitados. Entran los criados que se colocan en dos filas.)

BOUR. Señor, permítame V. M. que le presente dos novios.

REY (Tendiendo la mano a Suzette y a Sernín.) Felicidades, amables jóvenes. Ese matrimonio se imponía al ser nombrado Bourdier Ministro de Comercio. (A Bourdier.) Aquí está el tratado, me he convencido de que es beneficioso para ambos países y lo he firmado.

BOUR. (Cogiendo el papel que lo tiende al Rey.) ¡Ah! Señor... (A Lelorrain que entra.) Lelorrain, aquí está el tratado; S. M. se ha dignado firmarlo.

LELOR. ¡Ah!

BOUR. Ya ve usted cómo soy. Apenas recibo mi nombramiento y ya alcanzo una victoria.

LELOR. (Al Rey.) Gracias, Señor.

REY No, a mi no. A Bourdier que ofrece a todos un hermoso ejemplo. Nos prueba como en vuestra democracia, un hombre puede por sus exclusivos méritos llegar a ocupar los más altos cargos del Estado.

BOUR. Señor, hoy el Estado somos nosotros.

REY Pues procurad conservarlo. (Se oyen las trompas de caza,) Señores, las trompas nos llaman. ¡A cazar!

TELÓN

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas